



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. VII - Nº 80 Diciembre de 2024



*La cuna de la
Civilización
Cristiana*

Armonioso escenario

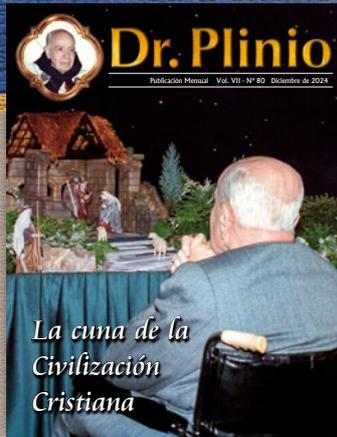
Creo que no es una voz discordante afirmar que el escenario más armonioso con las bendiciones navideñas es aquel enmarcado y engalanado por la nieve.

Aldeas recubiertas de una albura inmaculada que se refleja en los tejados de sus casas, en los caminos, en los gajos de los pinos y de los árboles esbeltos; el brillo de un límpido y diáfano azul, sereno y silencioso, diciéndonos algo de aquella quietud ungida de bendiciones del Cielo que envolvió el establo de Belén donde el Verbo Eterno nació para el tiempo, revestido de nuestra naturaleza... La nieve nos habla de la inocencia sin mancha, de la belleza virginal y pura que tiene el don de encantar los ojos y los corazones.

Candidez nívea, la inocencia del Divino Infante, nacido de la Virgen-Madre Inmaculada, bajo los desvelos del castísimo San José... atmósfera navideña, que siempre invita a la humanidad a detener, por una noche, por un día, la laboriosa rutina de su existencia en esta tierra de exilio, y a alegrarse, reconfortarse con las indefectibles promesas de paz y ventura que nos vinieron de lo alto con ese Niño, ahora reclinado en un pesebre...

Sumario

Vol. VII - No. 80 Diciembre de 2024



En la portada,
el Dr. Plinio en
diciembre de 1988.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de
exposiciones verbales del Dr. Plinio
— designadas como “conferencias” —
son adaptadas al lenguaje escrito,
sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición
brasileña y editada en
Colombia por PRODENAL
con las debidas autorizaciones
de la Editora Retornarei Ltda.
de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 701
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de
números anteriores, ir a:
[http://caballosdelavirgen.org/articulo/
revista-dr-plinio](http://caballosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio)

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

2	SEGUNDA PÁGINA <i>Armonioso escenario</i>	
4	EDITORIAL <i>Enseñanzas de la Navidad</i>	
5	PIEDAD PLINIANA <i>Que venga pronto nuestro Reino</i>	
6	DOÑA LUCILIA <i>Serenidad luciliana inconfundible</i>	
10	PERSPECTIVA PLINIANA DE LA HISTORIA <i>La Reina de la Historia</i>	
14	DE MARIA NUNQUAM SATIS <i>Humildad y pureza del Corazón Sapiencial e Inmaculado de María</i>	
17	HAGIOGRAFÍA <i>Malicia del pecado de herejía</i>	
20	SANTORAL <i>Santos de Diciembre</i>	
22	ECO FIDELÍSIMO DE LA IGLESIA <i>La mirra austera y odorífera del principio de contradicción</i>	
28	DENUNCIA PROFÉTICA <i>El triunfo de María sobre el neopaganismo</i>	
32	APÓSTOL DEL PULCHRUM <i>Tendencia a la Perfección</i>	
36	ÚLTIMA PÁGINA <i>Un hombre formado por el Espíritu Santo</i>	

Enseñanzas de la Navidad

Considerando los hechos dentro de una vasta perspectiva histórica, la Santa Navidad fue el primer día de vida de la Civilización Cristiana. Vida aún germinativa e incipiente, como las primeras claridades del sol que nace, pero una vida que ya contenía en sí todos los elementos incomparablemente ricos de la espléndida madurez a que se destinaba.

En efecto, si consideramos que todas las riquezas de la Civilización Cristiana están contenidas en Nuestro Señor Jesucristo como en su fuente única, infinitamente perfecta, y que la luz que comenzó a brillar en Belén prolongaría cada vez más sus claridades hasta extenderse sobre el mundo entero, transformando mentalidades, aboliendo e instituyendo costumbres, infundiendo espíritu nuevo en todas las culturas, uniendo y elevando a un nivel superior todas las civilizaciones, se puede decir que el primer día de Cristo en la tierra fue, después de luego, el principio de una era histórica.

No hay ser humano más débil que un niño, habitación más pobre que una gruta, cuna más rudimentaria que un pesebre. Sin embargo, ese Niño, en aquella gruta, en aquel pesebre, habría de transformar el curso de la Historia.

¡Y que transformación! Se trataba de conducir a la fe un mundo corrompido por las supersticiones, por el sincretismo religioso y por el escepticismo; de llamar a la justicia a una humanidad apegada a todas las iniquidades; de invitar al desprendimiento a quien adoraba el placer en todas sus formas; de atraer a la pureza a un mundo donde todas las depravaciones eran conocidas, practicadas, aprobadas. Tarea por cierto inviable, pero que el Divino Niño comenzó a realizar desde su primer momento en esta tierra, y que ni la fuerza del odio judaico, del dominio romano o de las pasiones humanas podría contener.

Dos mil años después del nacimiento de Cristo parecemos haber vuelto al

punto inicial. La adoración del dinero, la exasperación del gusto de los placeres, el dominio despótico de la fuerza bruta, las supersticiones, el sincretismo religioso, o escepticismo, en fin, el neopaganismo en todos sus aspectos, invadieron nuevamente la tierra.

En su realidad plena y global, la Civilización Cristiana dejó de existir; y de la gran luz sobrenatural que comenzó a brillar en Belén, muy pocos rayos brillan aún sobre las leyes, costumbres, instituciones y cultura de nuestro siglo.

¿La acción de Jesucristo habría perdido algo de su eficacia? Evidentemente no. Si la causa no está ni puede estar en Él, sin duda está en los hombres.

Al venir a un mundo profundamente corrompido, Nuestro Señor y la Iglesia naciente encontraron almas que se abrieron a la predicación evangélica. Hoy, ésta se disemina por toda la tierra, pero crece asustadoramente el número de los que rechazan con obstinación el oír la palabra de Dios y están, por las ideas que profesan y las costumbres que practican, precisamente en el polo opuesto a la Iglesia.

Solo en esto está la causa de la ruina de la Civilización Cristiana, pues si el hombre no quiere ser católico ¿cómo puede ser cristiana la civilización nacida de sus manos?

Sorprende que tantos pregunten sobre la causa de la crisis titánica en que se debate el mundo. Bastaría que la humanidad cumpliera la Ley de Dios para, ipso facto, cesar la crisis. El problema, pues, está en nuestro libre albedrío, en nuestra inteligencia cerrada a la verdad, en nuestra voluntad que, solicitada por las pasiones, se obstina contra el bien.

La reforma del hombre es esencial e indispensable. Esta es la gran verdad a ser meditada en la Navidad. No basta que nos inclinemos ante el Niño Jesús

al son de himnos litúrgicos. Es necesario que cuidemos, cada uno, de la propia reforma e de la reforma del prójimo, para que la crisis contemporánea tenga solución y, la luz que brilla en el pesebre, reivindique campo libre para su irradiación en todo el mundo.

Pero ¿cómo conseguir esto? Nuestra victoria depende esencialmente y antes que nada de Nuestro Señor Jesucristo. Riquezas, medios de comunicación, organizaciones, todo eso es excelente y tenemos obligación de utilizarlo para la dilatación del Reino de Dios. Pero nada de eso es indispensable. Si, sin culpa nuestra, la Causa Católica no cuenta con esos recursos, el Divino Salvador haría lo necesario para que podamos vencer sin ellos. El ejemplo nos es dado por los primeros siglos de la Iglesia. ¿Acaso ésta no venció, a despecho de haberse coligado contra ella todas las fuerzas de la tierra?

Confianza en Nuestro Señor Jesucristo, he aquí otra lección preciosa que nos da la Santa Navidad.

Recojamos aún una enseñanza más, suave como un panal de miel.

Sí, pecamos... Son inmensas las dificultades con que tropezamos para volver atrás, para subir. Nuestros crímenes e infidelidades atraerán sobre nosotros la cólera de Dios. Pero, junto al pesebre, tenemos a la Medianera dulcísima que no es juez sino abogada, y tiene en relación a nosotros toda la compasión, ternura e indulgencia de la más perfecta de las madres.

Con la mirada puesta en María, unidos a ella, por medio de ella, pidamos en esta Navidad la gracia única que realmente interesa: el Reino de Dios en nosotros y a nuestro alrededor. Todo el resto nos será dado por añadidura.* ❖

*Cfr. "Catolicismo" n. 24, diciembre de 1952



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*

Nuestra Señora de la Luz
Catedral de Jerez de la
Frontera, España

Flávio Lourenço



Que venga pronto vuestro Reino

En qué coyuntura sublime, oh Madre, ascienden a Vos los anhelos de esta oración. Un año más se suma al largo y sufrido cortejo de los años, al mismo tiempo inquietos, llenos de aprensiones monótonas y, a pesar de todo, perfeccionados por la gracia de la confianza; años que constituyen la historia de este largo exilio.

Sin embargo, a cada año que pasa, vacilan más fuertemente en torno de nosotros los panoramas y son sacudidos con mayor vigor los árboles, los peñascos y las montañas. ¡Cuánta precariedad en tan larga continuidad! ¡Cuánta continuidad en tan extrema precariedad! ¿Cuándo acabará eso? Es la pregunta que cada año que acaba transmite a otro, sin obtener respuesta.

Pero ahora, oh Madre, cuántas señales de victoria, de una victoria que es el apogeo de la confianza, la corona de la esperanza. ¡Cuántos sueños que fueron esperanza y se volvieron realidad palpable!

¿Se descarrilará ahora, por fin, al cabo de tanto vacilar, el tren infernal de la Revolución? ¿Vendrá ya vuestro Reino?

Oh Madre, cuyas oraciones concluyen los cuatro mil años de espera del Mesías, nosotros os suplicamos: decid que sí. Haced que Elías y los Ángeles exterminen lo que tanto hemos golpeado.

¡Sí, oh Madre! Vuestro Divino Hijo nos enseñó la súplica que Él dirigió al Padre Eterno: “Venga a nosotros tu Reino”.

Nosotros os presentamos esa súplica, Señora, para que vuestro Reino venga pronto, pero pronto... ¡absolutamente pronto, oh Madre!

(Compuesta en abril de 1983)

Serenidad luciliana inconfundible

En la punta de los horizontes más aflictivos, Doña Lucilia mantenía siempre la misma serenidad, que provenía de la confianza en la Providencia. Era una especie de promesa de Dios de que, en el dolor, el lumen con el cual ella acompañaba el vaivén de los acontecimientos no la abandonaría jamás.



Tratando con mi madre, varias veces me hice esta pregunta: ¿Cuál es la proporción entre la gracia y la naturaleza en el conjunto de su personalidad? Es razonable colocar esa cuestión, porque cuando alguien corresponde mucho a la gracia, esta última toma aires de una segunda naturaleza y da la impresión de que la persona es así, desde lo más profundo de su ser. En cierto sentido, esto es verdad.

Mi madre asumió la gracia y se dejó asumir por ella

La memoria que me quedó en la retina sobre mi madre es la de una persona que, por más profundo que se la viera, no se percibía otra cosa, a no ser el trabajo de la gracia en su alma.

Yo sé, por la fe, que siendo ella concebida en pecado original, debería tener un lado opuesto al de la gracia. Sin embargo, de tal manera ella había asumido la gracia y se había dejado asumir por ella, que parecían ser una sola cosa.

Si no fuese la convivencia continua y mi preocupación de hacer un análisis imparcial, sin dejarme llevar por el afecto de hijo, esa pregunta, de querer saber cuál sería el lado del pecado original en su alma, no parecería justa ni reverente. Sin embargo, yo me puse a mí mismo esa pregunta de otro modo: “¿Qué es gracia, qué es naturaleza?”

Por ejemplo, la suavidad de mi madre, tan y tan notable, tan comunicativa, que marcaba tanto los ambientes donde ella se encontraba, vista bajo un aspecto, tenía consonancia con su temperamento. Pero,



no pudiendo haber un temperamento que tuviese únicamente aquella suavidad, era evidente también que debería haber algo contrario a aquello, aunque fuese en algún punto. No obstante, en ella nunca encontré algo negativo digno de nota.

Una vez u otra vi pequeños movimientos de enfado, pero tan pequeños, que sería preciso un microscopio para analizarlos, de tan insignificantes. Parecían no tener raíz en ella, de tal manera se figuraban como una cosa postiza. Mientras que la suavidad, la dulzura ininterrumpida, aquello que vemos en el *Quadrinho*¹, todo eso, sí, parecía tener raíz en su alma.

Por algunos lados, todo eso parecía ser lo natural en ella y, realmente, yo no notaba en la naturaleza de mi madre movimientos dignos de observación, de análisis, adversos a la gracia. Y el carácter sobrenatural de esa acción es sentida por los que van a su tumba en el Cementerio de la Consolación. Muchos van allá con la esperanza de encontrar aquella suavidad, y vuelven con la tranquilidad de haberla encontrado.

No quiero decir que la suavidad fuese un monopolio de ella, pero aquella forma de suavidad era enteramente inconfundible, era ella y de ella.

Suavidad que provenía de la confianza en la Providencia

¿Cómo sería, entonces, esa suavidad y en qué sentido era diferente de las otras suavidades? Sin duda alguna, provenía de la propensión de mi madre de querer bien y de hacer el bien a todo el mundo.

Era algo que no transparecía a primera vista, pero, haciendo un análisis cuidadoso como los que yo hacía, muy reverente, pero no de ojos cerrados, ese análisis me llevaba a la siguiente conclusión: había, en el fondo, sin que la palabra fuera pronunciada, una confianza enorme en la Providencia, la cual marcaba su vida y explicaba la



Archivo Revista



Archivo Revista

El Dr. Plinio en el Cementerio de la Consolación en 1990

suavidad, dándole el soporte racional. Porque, por más que esa sea una bella virtud, solo lo es porque es razonable.

Ahora bien, ¿cuál era el fundamento de la actitud de mi madre frente a las cosas? Debería haber un fundamento razonable. Si no lo tuviese, no sería católico ni sería virtud y yo no lo querría. Si alguien dijese simplemente: “Ese sentimiento es bello, por lo tanto, es razonable”, yo no podría ser un oso perezoso y, pareciéndome eso bello, dejar de buscar el *verum* que existe por detrás. Por el contrario, el *verum* debe ser encontrado.

Algo me dice que así se debe ser y que debemos ser infatigables en ese

esfuerzo: la razón demostró, luego, busque el *pulchrum*; el *pulchrum* demostró, entonces busque la razón. Y de esa “ojivalidad” resulta el bienestar y la misión cumplida del alma.

Serenidad en todas las circunstancias

Naturalmente, yo procuraba hacer eso a propósito de ella y encontraba siempre lo siguiente: en la punta de los horizontes más aflictivos, un acto de confianza. En el extremo de las preocupaciones podían aflorar mil cosas, pero, después, de repente, en el término más pungente, estaba la serenidad. Lo cual explicaba su paciencia y su bondad.

Ella miraba hacia ese fin de horizonte como miraba el sol cayendo sobre la Plaza Buenos Aires o en la Rua Alagoas, entre la arboleda de la alameda aún no contaminada por los horrores que se esparcieron después. A veces ella comentaba cómo estaba bonito. Ella tenía la misma posición de alma y el mismo modo de ver, la misma serenidad. ¿Por qué? La pregunta va hasta allá.

Me acuerdo de ella, ya bien anciana, con una incomodidad digestiva considerablemente más seria de lo común. Mandé a llamar al médico. Para una persona de aquella edad, la visita de un médico puede significar una sentencia de vida o de muer-

te. Pero ella no se hacía bien la idea de hasta qué punto la muerte pendía sobre ella.

Cuando el médico fue a examinarla, poco antes de que ella entrara en la sala, me dijo: “¡Hijo mío, si supieras qué horror tu madre tiene al cáncer!”

Ahí me di cuenta de que ella pasó la vida entera con esas perturbaciones digestivas y, teniendo esa especie de horror al cáncer, ella podría haber pensado varias veces en esa hipótesis. Habitado desde pequeño a verla con esas incomodidades, nunca me pasó por la mente que ella llegase a tener esa enfermedad. Cuando yo era pequeño no se hablaba de cáncer, ese mal fue un fruto de la modernidad, no la enfermedad en cuanto tal, sino su diseminación.

Yo pensé para conmigo: “De repente lo es. Y la muerte de cáncer es inexorable y muy dolorosa.” Después del examen, el médico fue a la sala para conversar con mi hermana, mi sobrina y conmigo. Durante la exposición, llamé su atención a propósito, corté la explicación y le pregunté:

– Doctor, ¿será cáncer?

Él tuvo un pequeño sobresalto y dio la siguiente respuesta:

– Por ahora no hay derecho a pensar en eso.

No habían aparecido los síntomas propios para definir si era o no cáncer. Pero se comprende, por tan-

Archivo Revista



to, cómo eso le debe haber causado innumerables preocupaciones a ella. No obstante, mantenía siempre aquella serenidad.

Me acuerdo también una vez que pusieron en sus pañuelos un monograma, que a ella no le gustó. Me dijo, pero con aquella suavidad, que no le había gustado aquello, estaban feos.

Yo dije:

– Mi bien, pero usted... ¿Qué se puede hacer? Le conviene aprovechar los pañuelos.

– Sí, no hay duda, pero, ¿usar yo esto hasta el fin de la vida?

Era el fin de la vida, pero ella lo mencionaba como algo muy remoto. Lo cual hacía el problema “muero, no muero”, más agudo para el instinto de conservación.

También en tensiones en las relaciones con personas a quien ella quería mucho... En el fondo... aquella serenidad.

¡El lumen de mi vida no se apagará!

Su serenidad era un poco diferente. La nuestra consiste en, al tener delante de nosotros cierta perspectiva, mantenernos serenos por saber que Nuestra Señora no permitirá que tal perspectiva se realice.

Con mi madre no era propiamente así, sino: “Pase lo que pase, cierto *lumen* que yo espero tener en mi vida, no se apagará.” Era una especie de promesa de la Providencia de que, en el dolor, aquel *lumen* con el cual ella acompañaba el vaivén de los acontecimientos no la abandonaría nunca. Como si dijese: “Aquello va a continuar, de un modo o de otro, isuceda conmigo lo que suceda, sea lo que sea, será, será, será!”

A mi modo de ver, era una especie de *flash* discreto y permanente. No era una llamada, pero dentro de un firmamento lila, era como la luz de la luna. Eso explicaba la paciencia de ella y todo el resto.

Un lugar impregnado de paz luciliana

Sin haberla conocido, no obstante, muchas personas notan su presencia en el *Primeiro Andar*², sintiéndolo como un lugar de paz, pero de una paz específica que todo mi torbellino no consiguió interrumpir.

Mi sala de trabajo era, en buena medida, su *living*. En la sala, mi madre permanecía mucho para rezar; en la saleta rosada apenas entraba, para ver si estaba en orden. Ella era económica y ahorra las cosas, sabía que yo tenía finanzas limitadas y no quería desgastar los muebles, por eso, para rezar, ella lo hacía muchas veces de pie. Y al final de su vida, cuando ya estaba bien anciana, mandaba a poner junto a la imagen del Sagrado Corazón de Jesús una silla sin brazos y rezaba sentada.

El resto del tiempo, mi madre lo dividía entre el comedor, del cual gustaba mucho por causa de la vista de la Plaza Buenos Aires y porque era muy bañado por el sol, y el *living* pequeño, de ella y de mi padre, donde se quedaba poco, porque entraba menos luz solar; en mi sala de trabajo, ella permanecía un buen tiempo

y rezaba mucho. Todo aquello quedó impregnado de alguna gracia.

Ahora bien, si por razones inconcebibles aquel apartamento –con el mobiliario y todo lo que está allá adentro, exactamente como está–, fuese a parar en manos de un tercero y alguien pudiese un cuadro extravagante en una de aquellas paredes o colocase un objeto moderno, aunque fuese pequeño, rasgaría, despedazaría el ambiente.

Si algún día yo notase el ambiente alterado, mandaría a verificar si no hay algún objeto de esos en alguna gaveta de la casa. Yo siento una oposición y una santa incompatibilidad. Expresión, posiblemente, de la firmeza de la persona tan dulce que ella fue, de la reversibilidad. Ahí tenemos la reversibilidad entre la firmeza y la bondad. ❖

(Extraído de conferencia del 1/5/1981)

- 1) Cuadro al óleo, que le agradó mucho al Dr. Plinio, pintado por uno de sus discípulos con base en una de las últimas fotografías de Doña Lucilia.
- 2) Residencia del Dr. Plinio en la Rua Alagoas, 350, en el barrio de Higienópolis, en São Paulo.



El Dr. Plinio a comienzos de la década de 1980



*Coronación de la Virgen.
Museo Castelvécchio,
Verona, Italia*

Flávio Laurencço

La Reina de la Historia

La axiología del plan de Dios se cumplió de modo magnífico en María Santísima. Ella es Madre de Dios y la criatura perfecta en la cual la Historia se realizó enteramente. La Historia sería una borrasca horrenda y mil veces más tenebrosa de lo que es si no fuese la misericordia de Ella.

La posición correcta del espíritu humano no es la de pensar principalmente en las cosas de la Tierra para sobrevivir ni de imaginar un Cielo desligado de esos asuntos, sino pensar en un Paraíso que esté en la fina punta de las cosas que señalan y que se encaminan hacia el Cielo.

Anheló progresivo del Cielo

Si los hombres hubiesen sido fieles a Dios, a lo largo de la Historia, unos cuadros se habrían lentamente desprendido de los otros, como en una bobina e irían siendo acumulados para las nuevas generaciones. Y las generaciones que, después del

pecado original, fueran muriendo, tendrían antes apoteosis.

Esta caminata indica una especie de apetencia de los espíritus para esto, aquello, aquello otro, que es propiamente el núcleo de la Historia, porque es el impulso del género humano.

A pesar de las Revoluciones, este impulso se va dando de tal manera que una persona, estudiando y comprendiendo cómo se desarrolla, puede dirigir al revolucionario en cualquier momento, el lenguaje que lo pondría de pie.

Esto ocurre en cualquier período de la Historia. Consideren, por ejemplo, un norteamericano de la

época del far west, el hombre más metido en cosas argentarias y aventuras que se pueda imaginar, por tanto, aparentemente, lo más distante de esos pensamientos. Sin embargo, en él hay algo que trabaja en la línea de lo que sus antepasados pensaron, rumbo a lo que sus descendientes pensarán y que es el tal impulso, la bobina de la humanidad, en la cual –pisada, ignorada– el hombre no presta atención, pero ella va trabajando en su interior.

Y si una persona, con discernimiento exacto de los espíritus, sabe a qué altura se encuentra esa bobina, podrá alcanzar el fondo del alma de aquel individuo en lo que tiene de

mejor y, con las máximas posibilidades de éxito –lo que no significa certeza– intentar interrumpir el proceso revolucionario en él. Porque la Revolución es sensible al estado en que se encuentra la bobina en aquel momento.

El espíritu humano se vuelve sucesivamente para cosas diferentes, por una especie de mecanismo que va de padre a hijo y que no es mecanismo natural, no son las cosas culturales que él recibió; es algo que está por debajo de la cultura, son aspiraciones profundísimas del espíritu humano, que no hacen sino expresar algo que se encuentra más en el fondo, es un anhelo progresivo que el hombre tiene del Cielo, bajo los modos por los cuales él lo concibe sin saber qué es el Paraíso.

Impulso propulsor de la Historia

Doy un ejemplo muy personal. Por más que yo tuviera unión de alma con mi madre, notaba que algo en mí había avanzado por causa de la diferencia de los tiempos, los cuales no hicieron sino decaer... Pero en lo que yo retuve de Doña Lucilia, anduve más que ella, simplemente por ser su hijo. No me refiero a vir-

tudes. El correr de la bobina, con el tiempo, va haciendo que, dentro de los hombres, por más que decaigan, haya algo accesible a un llamado más alto.

Esto es continuo de generación en generación, en una progresión. Como la sucesión armónica entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, así también estaría la sucesión de este llamado, de esta tendencia que Dios puso en el fondo de los hombres y que camina al apogeo. Es un caminar necesario, no depende de la voluntad del hombre porque, si dependiese de él, haría torpezas. Es Dios que le va presentando sucesivamente las cosas.

A veces, eso sucede hasta en relación con los monumentos. Por ejemplo, un veneciano de los antiguos tiempos, si fuese a retratar Venecia –digamos, Canaletto¹–, no sería capaz de ver los aspectos de la ciudad que determinados fotógrafos contemporáneos tomaron. Porque en estos, el espíritu humano ya dio unos tantos “giros” –estoy imaginan-

do la bobina de una máquina de escribir–, que hicieron que fueran capaces de captar allí algo que los antiguos no lograron.

Pensé en eso al ver una postal común, pero bonita, del Louvre. El fotógrafo puso allí algo que el monumento, de suyo, no tiene, pero que la foto pudo mostrar y que corresponde a la aspiración existente en la generación del fotógrafo para algo de bello, el cual todavía no estaba presente en la concepción de quien construyó el Louvre.

Considerando el mismo fenómeno por otro aspecto, podemos afirmar que la era de los príncipes terminó con la Revolución Francesa, pero lo que respecta al príncipe después de ella es más alto de lo que el príncipe era antes. Hubo una exigencia del espíritu humano de un tipo de principado que la humanidad aún no había concebido en el tiempo de la Revolución Francesa. Así, para una persona del *Ancien Régime*² un príncipe y una princesa constituían



Flávio Lourenço

Padre Francisco Suárez S.J. - Museo de la Universidad de Valladolid, España



Arquivo Revista

Dr. Plinio, en 1983



Gabriel K.



Canaletto (CC3.0)

A la izquierda, vista de Venecia. A la derecha Basilica de San Juan y San Pablo, Venecia, por Canaletto - Royal Collection, Palacio de Buckingham

una figura *exquise*³, pero no eran los personajes de cuento de hadas que hoy significan para nosotros.

También la infalibilidad pontificia. Se trata de un carisma instituido por Nuestro Señor Jesucristo en favor del Papado, en los términos en que la Iglesia lo define. Sin embargo, no hay duda de que, en aquel océano de inmundicia e incredulidad del siglo XIX, las almas de los fieles reaccionaban caminando decididamente para la necesidad de ver definida la infalibilidad.

Analizando personajes históricos como Metternich, María Estuardo y otros, vemos que no fueron tanto cuanto se nos figuran, aunque tuviesen algo que se orientaba hacia eso. Cuando se concibe la Historia así – en esto está el papel de la cultura–, nacen en el futuro los hombres que realizarán lo que soñamos. Este es el impulso propulsor de la Historia.

Dicotomía de impulsos: alternativa entre Revolución y Contrarrevolución

Otro elemento constitutivo de esta bobina: la ne-

cesidad del instinto de sociabilidad de tomar contacto con seres que están arriba de aquellos que conocemos en este grado, lleva al hombre a pensar en convivencias que en realidad no existirán en esta Tierra. La convivencia con los Ángeles, los Santos, pero también con seres hipotéticos, imaginarios, presentados por la poesía, el arte, la literatura, de algún modo cantan las añoranzas que tenemos del Paraíso.

He ahí la razón por la cual, durante la Edad Media, tan venerada por nosotros, las herejías surgi-

das eran peores que las de los tiempos de los romanos. En parte, porque la apostasía era peor que la de los tiempos antiguos de la gentilidad, pero también porque la bobina del mal va corriendo a lo largo de los tiempos.

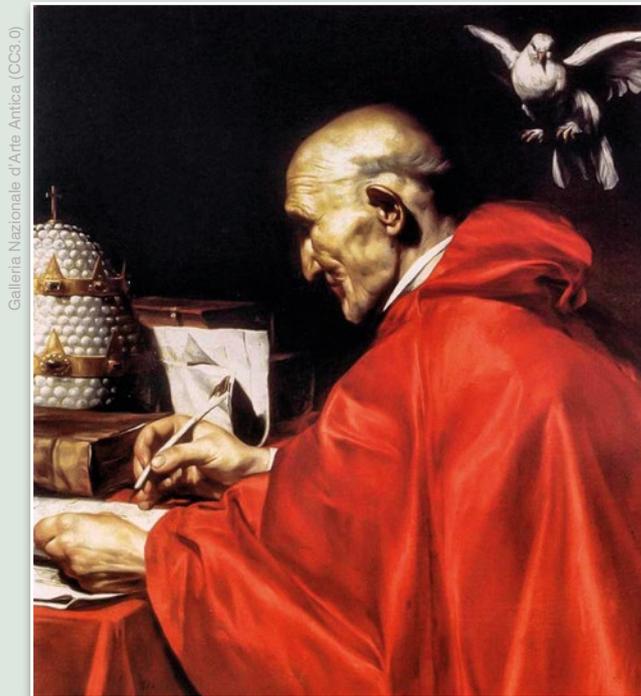
Axiología del plan de Dios

Aplicando esta doctrina a Nuestra Señora, vemos que Ella es la Reina de la Historia en este sentido muy especial de la palabra: en Ella la axiología⁴ del plan de Dios se realizó enteramente. María Santísima es Reina de la Historia en este punto: Ella basta para que la Historia sea justificada, porque alguien se realizó. Y después, en las laderas de la montaña, unos se realizaron más, otros menos.

Se podría objetar que la humanidad Santísima de Nuestro Señor Jesucristo es todavía más. Es verdad. Pero siendo Él el Hombre-Dios, trasciende el terreno de las meras criaturas. Quien realizó el plan de Dios fue Ella.

La Virgen María tiene derecho de gobernar la Historia porque es Aquella que realizó el plan de Dios.

Así se comprende el odio del demonio contra Ella.



Galleria Nazionale d'Arte Antica (CC3.0)

San Gregorio Magno - Galería Nacional de Arte Antigua, Roma

Además, en el fondo —yo creo que esto estaría explicado en el Secreto de María—, cuando se tiene esa devoción a Nuestra Señora es porque se siente atraído a ese cúmulo de perfecciones que en Ella se realiza de un modo inefable y enteramente perfecto.

Y esto produce, si se pudiera decir en una palabra, la inocencia.

Orden de lo realizado y orden de lo posible

Y la misericordia es por donde Ella hace aproximar de un plan A de Dios a la persona que, de hecho, no realizó tanto cuanto posible el plan B, o C, o X. Es claro que Nuestra Señora consigue esto porque es Madre de Dios, pero también por ser la criatura más perfecta. La Historia sería una borrasca horrorosa y mil veces más tenebrosa de lo que es si no fuera la misericordia de Ella.



Altar de San Juan Bautista (detalle) - Iglesia de San Florián, Cracovia

En el orden del ser lo posible es menos noble que aquello que está realizado. Y como María Santísima es lo que hay de más noble en el orden de lo realizado, Ella tiene, en cuanto tal, una preminencia sobre el orden de lo posible y, de algún modo misterioso, simboliza to-

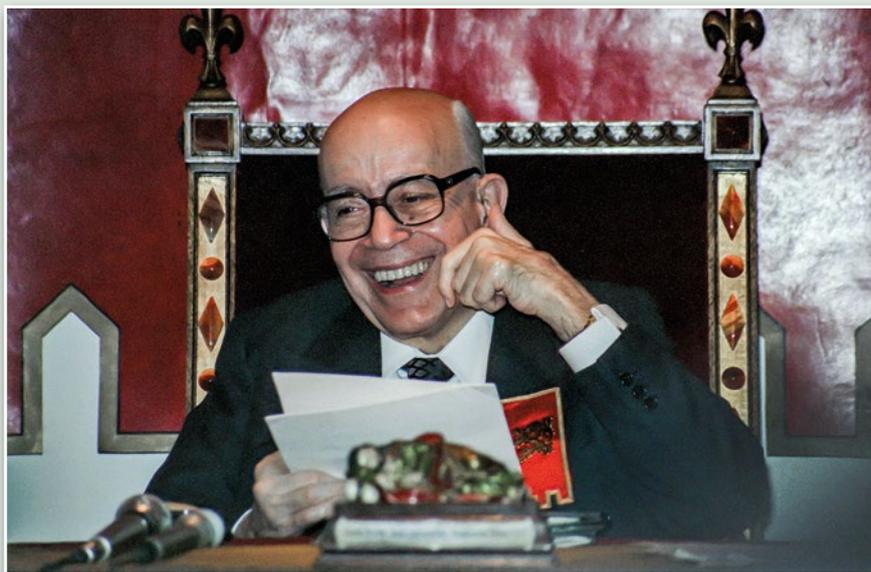
do el reino de lo posible. Consideren que es inconcebible el reino de lo posible, pero Nuestra Señora lo simboliza, no sólo en cuanto está en el plano sobrenatural, sino también en la humanidad de Ella.

Digamos así: Dios quiere que todos los seres creados por Él tengan una relación entre sí; de ahí el relacionamiento entre Ángeles y hombres. En esa perspectiva, era conveniente que hubiese una relación entre los posibles de Dios y los hombres, y que el más alto de los hombres simbolizase, de algún modo, los posibles, de manera que, creando a ese hombre, Dios de algún modo crease todos los posibles.

Ese ser humano es María Santísima. Ella es el auge de la bobina porque, en determinado momento el Verbo se encarnó y habitó entre nosotros. O sea, la bobina fue llevada a un punto clave tal que dividió la Historia en dos, sin que la bobina perdiese su continuidad.

Esto se encaja enteramente y es extremadamente atinente al Secreto de María. ❖

(Extraído de conferencia del 30/3/1983)



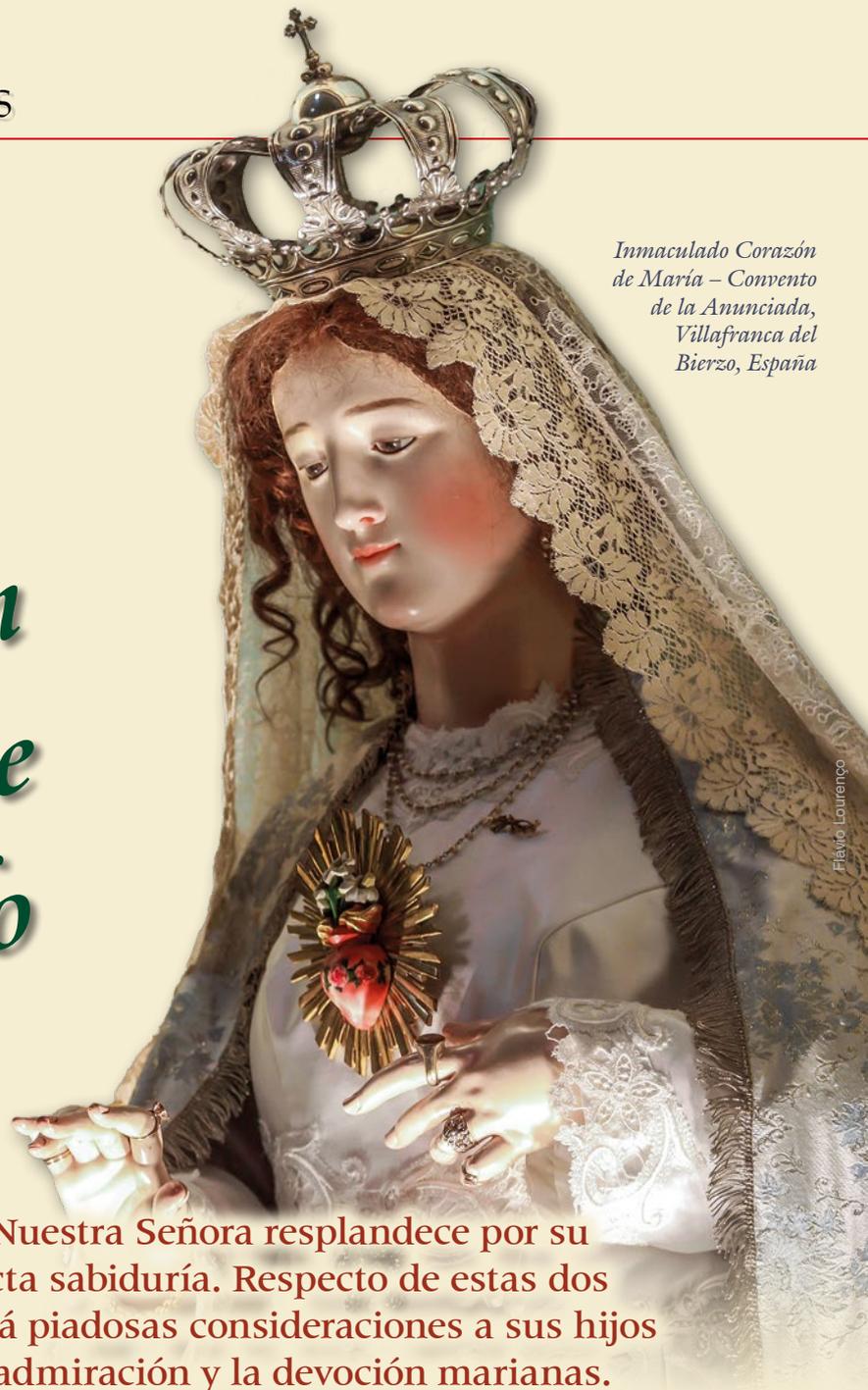
Dr. Plinio en 1983

- 1) Giovanni Antonio Canal (*1697-+1768), conocido como Canaletto.
- 2) Del francés: Antiguo Régimen. Sistema social y político aristocrático en vigor en Francia entre los siglos XVI y XVIII.
- 3) Del francés: preciosa, refinada.



Humildad y pureza del Corazón Sapiencial e Inmaculado de María

*Inmaculado Corazón
de María – Convento
de la Anunciada,
Villafranca del
Bierzo, España*



Exenta de culpa original, Nuestra Señora resplandece por su excelente inocencia y perfecta sabiduría. Respecto de estas dos prerrogativas, el Dr. Plinio hará piadosas consideraciones a sus hijos espirituales, movido por la admiración y la devoción marianas.

¿Qué queremos decir cuando nos referimos a Nuestra Señora como el Inmaculado y Sapiencial Corazón de María?

Corazón perfecto y armonioso de María

El Corazón de Nuestra Señora es el símbolo de su alma y santidad, de sus pensamientos más elevados; su Corazón es Inmaculado, porque fue

concebida sin pecado original. Todo lo que proviene de una persona inmaculada es sin mancha, y decir que el Corazón de María es Inmaculado marca una diferencia abismal entre Ella y nosotros.

Porque nosotros somos concebidos en pecado original, y por mucho que progresems en la vida espiritual, siempre tendremos malas inclinaciones contra las que debemos luchar hasta el final de la vida. No te-

nemos la culpa de tenerlas, pero debemos detestarlas, negarles toda adhesión de nuestra voluntad.

Tenemos un ejemplo con San Alfonso María de Liguorio, Obispo y Doctor de la Iglesia, Fundador de la Orden de los Redentoristas. Él sufría tremendas tentaciones contra la pureza; aunque era muy casto, tenía ese mal impulso interior y, hasta después de anciano, más de ochenta años, cuando ya no podía caminar y

utilizaba una silla de ruedas, las tentaciones contra la pureza eran para él una verdadera dificultad.

Con Nuestra Señora esto no sucedía. En Ella, ninguno de sus impulsos era malo, sino que todos estaban debidamente gobernados por la razón, y ésta a su vez estaba inspirada por la gracia, de modo que en Ella todo era armonioso, perfecto, todo se volvía continuamente hacia el bien. Y, cuando la llamamos de “Inmaculado Corazón de María”, queremos caracterizar esta pureza, que Ella nunca tuvo la más mínima tendencia ni la más mínima inclinación al mal, ni en lo que respecta a la castidad, ni en ninguna otra virtud.

Considerar el Universo desde su aspecto más elevado

Ahora bien, ¿qué significa que el Corazón de María sea sapiencial?

Evidentemente, el Corazón Sapiencial es el Corazón lleno de sabiduría. *Sapientia*, en latín, se traduce al portugués como “sabiduría”. Pero, ¿qué es exactamente “sabiduría” y por qué el Inmaculado Corazón de María es Sapiencial?

La virtud de la sabiduría es aquella que nos da una visión de las cosas desde sus aspectos más elevados, y que, por tanto, nos hace ver todo desde una unidad maravillosa; si el mundo está organizado en forma de pirámide, cuanto más analicemos el universo desde sus aspectos más elevados, más se unirán nuestras consideraciones, hasta llegar al punto extremo que es la existencia de Dios, Ser absoluto, infinito, perfecto, eterno, que jamás podrá

sufrir alteración alguna, ningún fin, que es perfectamente suficiente a sí mismo, y que es el Creador, el Modelo y el Fin de todas las cosas.

Esta concepción de las criaturas por su aspecto deiforme —porque el aspecto más elevado de cualquier cosa es aquel en el que refleja a Dios, Nuestro Señor—, esta consideración hace que la mente tenga una unidad admirable, una coherencia extraordinaria, libre de contradicciones, sin lágrimas, sin dilaceraciones, nada de duda, sino caracterizada por la certeza, la fe, la convicción, la coherencia, la firmeza, desde los más altos principios hasta las más pequeñas cosas.

La sabiduría hace soberanamente clara y lúcida la inteligencia, porque la llena de la convicción de la existencia de Dios, de fe en lo sobrenatural. Una inteligencia límpida y lúcida, a su vez, sumamente coherente, hace que la voluntad sea fuerte, firme, inquebrantable, constantemente enfocada en el fin que debe tener en vista y en la jerarquía en la que se ubica ese espíritu. Esto nos muestra el todo del hombre sapiencial.

Ésta es la fisonomía moral del varón verdaderamente católico: coherente en todo, porque todo en él proviene de las más altas reflexiones del espíritu, que están ancladas en Dios Nuestro Señor.

La virtud de la sabiduría es una virtud que por tanto contiene todas las demás virtudes, y está recogida en el Primer Mandamiento de la Ley de Dios. Cuando el Decálogo nos prescribe: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente”, revela, en el fondo, cómo era Nuestra Señora. Su alma era supremamente elevada, grandemente soberana, soberanamente seria, seriamente profunda, porque Ella era el Vaso de Elección en el que reposó el Espíritu Santo para hacer su connubio con Ella y engendrar a Nuestro Señor.

Magnificat: un poema de la Contrarrevolución

¡El *Magnificat* es la única oración que conocemos pronunciada por Nuestra Señora y es una verdadera maravilla de sabiduría! En una ocasión, ya hice un análisis del *Magnificat* y no es caso repetirlo en este



San Alfonso María de Ligorio – Parroquia del Perpetuo Socorro, Granada

Samuel Holanda



DE MARIA NUNQUAM SATIS

momento, pero sólo quiero mostrar lo que hay de “sapiencial” en la primera palabra del *Magnificat*.

Magnificat significa magnificar. *Magnificat anima mea Dominum*. Significa “mi alma engrandece al Señor”, es decir, en otros términos, significa “mi alma queda encantada por la grandeza de mi Señor”. De esta manera Nuestra Señora adora a su Señor en su perfecta e insondable grandeza, y cantando la grandeza de su Señor, le da un aumento extrínseco a su gloria.

La melodía con que Ella entonó y las palabras con las que irrumpió en su canción son de suma grandeza. Es el canto de un alma muy noble, que vuela a considerar a Dios en sus aspectos más elevados y luego regresa, en un contraste armonioso y maravilloso, a la consideración de su propia nada. “Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador”.

¿Por qué? “Porque consideró la humildad de su esclava y, por eso, todas las generaciones me llamarán Bienaventurada”. ¡Qué belleza es esto! Con sabiduría midió toda la grandeza de Dios, hasta donde una mente

creada puede medir, y se regocijó en ello; por otra parte, midió su pequeñez, y luego dice: “Me alegro en Dios, mi Salvador, porque ha mirado la pequeñez de su esclava”. Es un poema de la Contrarrevolución, lo que está contenido allí. Es la esclava que queda encantada por ser esclava, por ser pequeña, y queda encantada al ver cómo Dios es infinitamente superior a ella; y desde lo más profundo de su nada, da gloria a Dios.

Encantándose con la pequeñez, amando la grandeza

Y luego dice: “Mi espíritu se regocija en él, porque me miró a mí, que soy tan pequeña”. Es el pequeño que reconoce su pequeñez, y que disfruta de ser pequeño, que no se rebela, no se indigna, sino que se sitúa en el último de los últimos lugares, en el último de los roles.

Nada es más vil que la condición de esclavo: no es nada, sin derechos, colocado por debajo de la condición común del hombre. Pues Nuestra Señora se proclama “Esclava del Señor”, Precursora de todos los esclavos que Ella tendrá a lo largo de los siglos. Ella se deleita en ser nada, en ser la “Esclava del Señor”. Y fue gracias a la pequeñez de esta Criatura, y de una Criatura Esclava, “que mi Señor se dignó poner los ojos y por esto me alegro, ¡porque soy pequeña y porque Dios es grande y porque la Grandeza amó la pequeñez!”

Nótese cuán profundamente contrarrevolucionario es esto y, para decirlo todo en una palabra, cuán profundamente opuesto es al espíritu de la Revolución Francesa, del comunis-



Flávio Lourenço

Visitación – Basílica de Santa María la Mayor, Morella, España

mo, tan opuesto que es casi una blasfemia hacer cualquier comparación.

Ahí reside la verdadera humildad que ama su lugar y la pequeñez de su lugar, pero adora y se deleita con la grandeza, aunque no sea dueña de la grandeza. Al contrario, proclama que la grandeza es dueña de Ella.

Esto es en lo que meditamos cuando consideramos el Corazón Sapiencial de María. Por tanto, debemos pedir a Nuestra Señora que nos haga puros y sabios como Ella; que nos haga amar nuestra pequeñez y tomar en serio y hasta las últimas consecuencias nuestra esclavitud a Ella. Por otra parte, maravillémonos de su grandeza y de todo lo que es grande. Así, la Grandeza nos mirará y podremos encantarnos por ese debruzarse amoroso de la grandeza sobre la pequeñez. ♦

(Extraído de conferencia del 21/8/1968)

Archivo Revista



Dr. Plinio en 1968



Malicia del pecado de herejía

Los herejes tendieron todo tipo de celadas al Papa San Silverio. Incluso utilizaron a la pésima emperatriz Teodora, quien empleó la fuerza bruta para lograr sus intenciones en detrimento del Santo.

Está en la naturaleza de la herejía ser bruta, falsa, y querer el exterminio de los verdaderos católicos. De esta manera, no se puede esperar combatir a los herejes, con sonrisas y pequeñas bondades.

Divulgação (CC3.0)



San Silverio

El 2 de diciembre la Iglesia conmemora a San Silverio, Papa y mártir. Daras, en su libro *Vie des Saints*, dice lo siguiente:

Pan de la tribulación y agua de la angustia

Teodora, esposa de Justiniano, había nombrado como obispo para la sede de Constantinopla, en 535, a Antimo, partidario de Eutiques y enemigo del Concilio de Calcedonia. Aunque la emperatriz hizo todo lo posible para que Roma aprobara su elección, el Papa Agapito depuso al obispo y condenó a sus seguidores.

San Agapito fue sucedido por San Silverio, en 536. Nuevamente Teodora

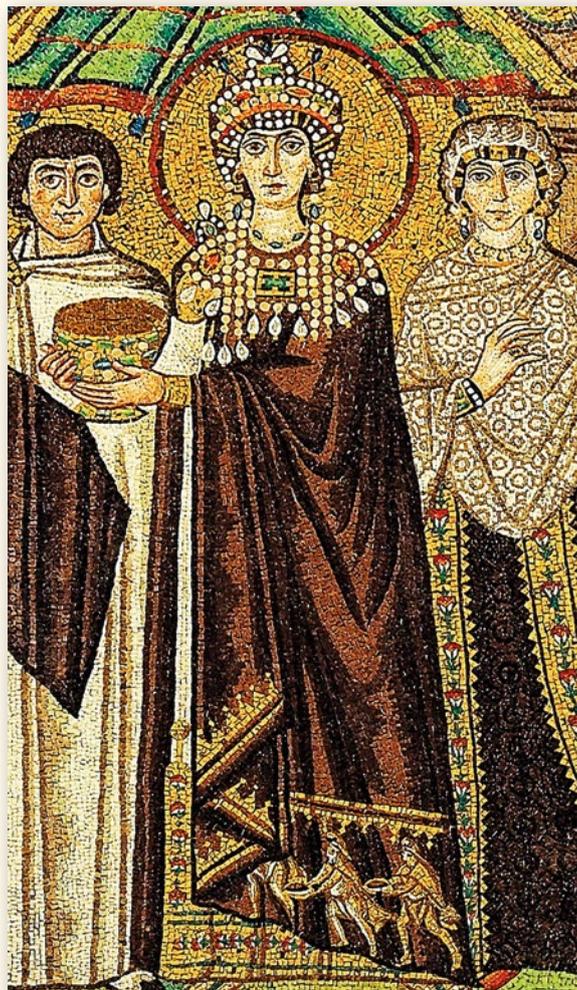
intentó convencer al nuevo Pontífice para sus planes. El resultado fue negativo. Ordenó entonces a Belisario, su general, para que recurriera a la fuerza de modo a obtener lo que necesitaba. Belisario fue a Roma y, como la ciudad estaba sitiada por los godos, acusó al Papa de llegar a un acuerdo con ellos contra Constantinopla.

La acusación tuvo efecto entre la población y cartas falsas la confirmaron. Con base en esto, el general intentó hacer que San Silverio cediera a sus exigencias. El Papa se negó y se retiró a la Iglesia de Santa Sabina. Allí, días después, fue buscado por emisarios para que volviese a su palacio, ya que no sufriría nada. Los consejeros del Pontífice le advirtieron que no confiara en los griegos. El Papa se puso de rodillas, recomendó a Dios la Santa Iglesia y abandonó Santa Sabina, para no ser visto más.

Exiliado en la isla de Ponza, desde allí escribió al obispo Amator: "Me alimento del pan de la tribulación y del agua de la angustia, pero



Petar Milošević (CC3.0)



Mosaico de la Emperatriz Teodora (detalle)
Basílica de San Vital, Rávena, Italia

no me considero depuesto y no renuncio al soberano pontificado”. En efecto, convocó aún un concilio en esa isla y decidió lo que sería necesario para defender la Fe y restablecer la disciplina. Maltratado, murió el 20 de junio de 539.

La mala fe es el mal supremo

Vemos narrado aquí uno de los mil episodios de la lucha de los pontífices romanos contra las herejías, en el que resultan evidentes la crueldad, la falsedad y la intransigencia de los herejes con relación al Papa. Observemos cómo los herejes, con sede en Constantinopla, hicieron contra San Silverio todo lo posible; sin embargo, no lograron nada porque éste se mantuvo firme y fiel.

Notamos una mala fe enorme por parte de estos herejes. Sabían que no podían llevar la violencia más allá de cierto punto porque toda la población se rebelaría contra ellos mismos. Entonces llegaron tan lejos como pudieron, pero el deseo era exterminar al Papa lo antes posible. Alegaron connivencia entre el Pontífice y los godos, acusación simplemente absurda y sin fundamento, que hicieron, sin embargo, para difamarlo y levantar la opinión pública en su contra. Además, una pésima mujer, Teodora, que constantemente imponía arzobispos heréticos en Constantinopla para arrastrar a esa ciudad a la herejía, utilizó la fuerza bruta para alcanzar sus objetivos.

Debemos considerar que la herejía, como peca-

do, tiene una malicia propia y suprema, porque el pecado contra la Fe es lo peor que existe. Todo hombre que entra en contacto con la Iglesia Católica recibe la gracia suficiente para saber que es la verdadera Iglesia de Dios; si él rechaza esta gracia, niega la verdad conocida como tal y rechaza la más importante de estas verdades, que es exactamente que la Santa Iglesia Católica es la única Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo.

Por tanto, los herejes que tenían la oportunidad de conocer a la Iglesia y de ilustrarse sobre ello, como era el caso de los bizantinos, pero no la aceptaron, quedaron en una posición de mala fe, que es el mal supremo junto al cual su crueldad y falsedad no eran más que corolarios. O sea, está en el espíritu, en la naturaleza de la herejía ser brutal, falsa y conducir al exterminio de los verdaderos católicos.

...y no es vencida con sonrisas, sino con lucha

Así es como debemos considerar a todos los herejes con los que tratamos, siempre que estemos razonablemente seguros de que han tenido suficiente con conocer a la Santa Iglesia Católica.

Basta haber estado en algunas iglesias, haber asistido a ceremonias religiosas, a la liturgia, haber oído los cantos, el órgano, haber hablado con personas piadosas, para determinar en el individuo un principio de fe que debe llevarlo con avidez a instruirse.

Y hay un rechazo de la fe cuando cualquier especie de hereje o cismá-



Saiko (CC3.0)

San Silverio (detalle) - Palacio Ducal, Venecia

tico, teniendo oportunidad de frecuentar esos lugares sagrados y habiendo podido tener ese contacto, termina sin instruirse y sin volverse católico.

Entonces entendemos la estupidez que es pretender luchar contra los herejes por medio de dichos ecuménicos, imaginando que personas tan pésimas, simplemente con pequeñas sonrisas y bondades, pueden ser traídas a la fe católica. Ellos reciben la sonrisa permanente, contemplan el espectáculo del amor continuo hacia todos los hombres, la bondad de la Santa Iglesia a la vez tan elevada, tan seria, tan agradable, que es considerada una madre verdaderamente llena de ternura y una maestra llena de sabiduría.

Si se niegan a hacerlo, actúan con mala fe, la cual no se puede vencer con unas cuantas piroetas. Ella necesita ser vencida por medio de serias objeciones, que hagan sentir al hombre el horror de la mala fe en la que se encuentra. Y mediante actitudes que lo desmoralicen ante terceros, para que no pueda resultar nocivo. En una palabra, la Iglesia es militante y la mala fe debe ser vencida en la lucha; es con espíritu de lucha como debemos combatir las herejías.

La única enemistad de la que Dios es autor

Por tanto, entendemos cuánto hay de absurdo en el ecumenismo llevado al extremo, es decir, en el deseo de aplicar métodos de una dulzura estúpida, traicionera, cínica, contra quienes emprenden la demolición de la Santa Iglesia Católica. Es necesario tomar el látigo, a imitación de Nuestro Señor cuando expulsó a los vendedores del templo, usar sus palabras de fuego contra los fariseos hipócritas, tener la espada incandescente



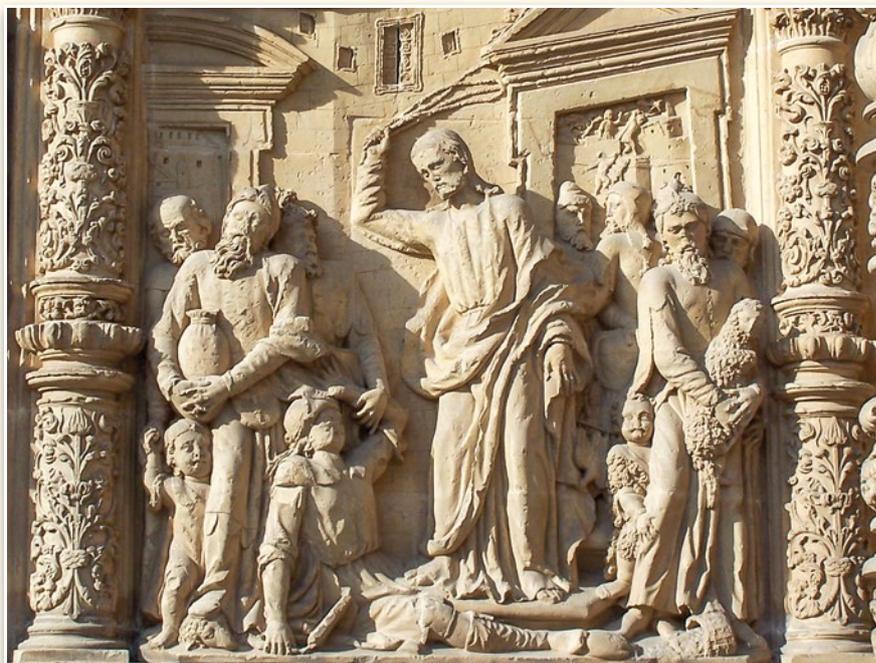
El Dr. Plinio en 1973

de San Miguel Arcángel, arrojarlos fuera de la Iglesia. Y en el momento oportuno, ser el instrumento del castigo de Dios. Éste es nuestro espíritu de lucha e intransigencia. Estamos en una guerra declarada y la más terrible

de todas porque es la guerra entre los “hijos de la serpiente” y los hijos de Nuestra Señora.

San Luis Grignion de Montfort decía muy bien que nadie destruirá jamás esta enemistad recíproca. La única enemistad que Dios ha hecho es la existente entre los hijos del demonio y los hijos de Nuestra Señora. Y como todo lo que hace el Creador está bien hecho, esta enemistad es perfecta; es decir, llega hasta el extremo del odio sobrenatural que resalta el deseo de salvar a estas almas. Y es de esta enemistad, de este odio sagrado del que nuestra alma necesita llenarse. Odio que debe convertirnos en los Apóstoles de los Últimos Tiempos, en apóstoles audaces, celosos, intransigentes y nunca necios y traidores a la causa que deberían defender. Ésta es la gran lección que se desprende para nosotros de la vida de San Silverio. ❖

(Extraído de conferencia del 19/6/1967)



Jesús expulsa a los comerciantes del Templo – Catedral de Santa María, Astorga, España



SANTORAL

Fotos: Fráivco Lourenço



Martirio de Santa Bibiana – Catedral de Palma de Mallorca. España

1. Domingo I del Tiempo de Adviento

Nahúm, profeta (+s. VI a. C). Contemporáneo del profeta Jeremías. Anunció la destrucción de Nínive.

2. Santa Bibiana, virgen y mártir (+s. IV). Mártir durante la persecución de Juliano, el Apóstata. El Papa Simplicio le construyó una iglesia en el Monte Esquilino.

3. San Cassiano de Tánger, mártir (+300). Secretario del tribunal de Agricolano; por oponerse al juicio y muerte del centurión romano, San Marcelo, también lo condenaron y martirizaron.

4. Santa Bárbara, virgen y mártir (+s. III-IV). Según la tradición, era de Nicomedia, actual Izmit, Turquía, y pertenecía a una familia rica. Fue degollada por su propio padre, por haberse convertido al cristianismo.

5. San Geraldo, obispo (+1108). Monje francés, nombrado Obispo de Braga, Portugal. Se empeñó en la res-

tauración del culto divino y los templos, promovió la disciplina eclesiástica y se opuso con energía a las investidas laicales.

6. Santa Asela, virgen (+385). Nacida en Roma, desde muy joven decide consagrarse a Dios, lleva una vida de penitencia, oración y contemplación. San Jerónimo la conoció y dejó por escrito varios elogios por su vida de virtud.

San Pedro Pascual, obispo y mártir (+1300). De la Orden de la Merced. Los moros lo capturaron y encarcelaron, durante una de sus numerosas visitas pastorales, por exhortar a los fieles a defender la Fe.

7. San Ambrosio, obispo y Doctor de la Iglesia (+397). Defendió la libertad propia de la Iglesia Católica y su doctrina auténtica contra los arrianos. Tuvo mucho que ver con la conversión de San Agustín.

8. Solemnidad de la Inmaculada Concepción de María. Dogma definido por Pío IX, en 1854.

9. San Juan Diego Cuauhtlatoatzin, laico (+1548). Su nombre significa en español “Habla como Águila”. Vidente de las apariciones de la Bienaventurada Virgen conocida como “Guadalupe”, en el cerro llamado El Tepeyac, México, el año 1531.

Santa Leocadia, virgen y mártir (+303). Martirizada durante la persecución de Diocleciano, en Toledo, España.

10. San Mauro, mártir (+s. IV). Elogiado por el Papa San Dámaso como niño valiente, que no abjuró de la Fe a pesar de los tormentos sufridos que lo llevaron a la muerte.

Santa Eulalia, virgen y mártir (+304).

11. San Dámaso I, Papa (+384). Defensor de la Fe contra cismas y herejías. Procuró que San Jerónimo tradujera la Biblia al latín; engalanó los sepulcros de los mártires, adornándolos con inscripciones.

12. Nuestra Señora de Guadalupe. Fiesta instituida por Benedicto XIV, el 25 de mayo de 1754, como homenaje a María, la Madre de Dios, por sus apariciones en México en 1531 al indígena San Juan Diego Cuauhtlatoatzin.

13. Santa Lucía, virgen y mártir (+304-305).

14. San Venancio Fortunato, obispo (+610). Obispo de Poitiers, Francia. Compuso himnos a la Santa Cruz y varias vidas de santos.

Santa Drósida, mártir (+s. III-IV). La quemaron viva, según San Juan Crisóstomo.

15. Domingo III de Adviento

Beata María Victoria Fornari Strarra, fundadora (+1617). Oriunda de Génova, Italia. Enviudó y optó por vivir como religiosa; fundó entonces la Orden de la Anunciación, cuyas constituciones fueron redactadas por el jesuita Bernardino Zanoni.

16. San Ageo, profeta (+s. VI a. C). Al retornar del cautiverio de Ba-

* DICIEMBRE *

bilonia, comienza su misión profética, siendo Zorobabel gobernador de Judá. Exhorta al pueblo a reedificar el Templo de Jerusalén.

17. San Lázaro de Betania, laico (+s. I). Amigo de Jesús, junto a sus hermanas María y Marta. Resucitado por Nuestro Señor.

San Esturmio, abad (+779). Se tenía como discípulo de San Bonifacio, quien lo envía a evangelizar Sajonia, Alemania. Erigió la Abadía de Fulda, cumpliendo los deseos de su maestro y de la cual, fue su primer abad.

18. Nuestra Señora de la Esperanza o Virgen de la O. La Iglesia conmemora la espera del nacimiento del Niño Dios, Jesús nuestro Salvador.

19. Santo Urbano V, Papa (+1370).

20. San Urcisino, eremita (+620). Atrajo a muchos a seguir el estilo de vida eremítico, por su ejemplo. Discípulo de San Columbano.

21. San Pedro Canisio, presbítero y Doctor de la Iglesia (+1597).

San Temístocles, mártir (+s. III). Según la tradición, se ofreció para



Profeta Nahum

morir en lugar de San Dióscoro, durante los tiempos del Emperador Decio. Padece diversos suplicios, hasta morir profesando la Fe.

22. Domingo IV de Adviento.

Santa Francisca Javier Cabrini, virgen (+1917). Fundadora del Instituto de las Hermanas Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús, en Codogno, Italia.

23. San José Cho Yun-ho, mártir (+1866). Joven oriundo de Corea, se mantuvo fiel al cristianismo, siguiendo el ejemplo de su padre San Pedro Cho Hwa-so, y por esto lo ahorcaron.

24. San Delfín, obispo (+404). Trabajó para refutar y rechazar los errores de Prisciliano, junto a su amigo San Paulino de Nola.

25. Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

Santa Anastasia, virgen y mártir (+s. III/IV). Mencionada en el Canon Romano. Según la tradición, durante la persecución de Diocleciano fue quemada viva, en Sirmio, Serbia.

26. San Esteban, diácono y protomártir (+s. I).

San Eutimio de Sardes, obispo y mártir (+824). Participante en el Segundo Concilio de Nicea, gran defensor del culto a las sagradas imágenes. Lo azotaron de manera inhumana, murió en el exilio.

27. San Juan, Apóstol y Evangelista (+s. I).

28. Los Santos Inocentes, mártires (+s. I). Niños asesinados por orden del rey Herodes, en su intento fallido por matar a Jesucristo. Considerados primicias de todos los mártires posteriores.

29. Domingo, Fiesta de la Sagrada Familia.

Santo Tomás Becket, obispo y mártir (+1170). Lord Canciller del Reino, obligado al destierro de su diócesis de Canterbury, Inglaterra, por or-



San Pedro Pascual

den del rey Enrique II. Al volver, sigue defendiendo los intereses de la Iglesia Católica, ante las pretensiones del rey; entonces, sicarios lo asesinan en el interior de su catedral.

David, rey y profeta (+c. 1040 a. C). Nació en Belén de Judá. Muy joven aún, el profeta Samuel lo unge rey. Trasladó el Arca de la Alianza a Jerusalén. Dios le prometió que, de su descendencia, nacería el Mesías.

30. Santa Anisia, virgen y mártir (+304). De vida casta y pobreza evangélica, durante un encuentro con un soldado romano, la identifica como cristiana y termina matándola con su espada, ante su oposición de ser llevada a un templo pagano, para sacrificar a los ídolos.

31. San Silvestre I, Papa (+335). Le tocó regir la Iglesia, como obispo de Roma en tiempos del emperador Constantino Augusto, quien determina finalizar la persecución a los cristianos. El Papa es de la leva de los primeros santos canonizados no mártires.



Adoración de los Reyes Magos - Getty Center, Los Ángeles

La mirra austera y odorífera del principio de contradicción

Hay verdades que a los hombres les impresionan como el oro. Hay otras que les son suaves y fragantes como el incienso. Sin embargo, de los brasileños, Nuestra Señora desea presentar al Divino Infante el olor agradable y austero de la mirra, que en el campo ideológico está representada por el principio de contradicción, por el cual el sí es sí y el no es no.

¿Quién puede decir cuántas personas, en esta Navidad, se arrodillarán ante un pesebre? ¿Quién puede enumerar a los hombres de todas las razas, en todas las latitudes, que se acercarán a la cuna del Niño Dios, para rogarle gracias particularmente ricas y abundantes, en este día en que se abren en toda su amplitud las puertas de la misericordia divina?

La gracia no hace nada incompleto

También nosotros nos preparamos para acercarnos al santo pesebre. Queremos meditar las lecciones que de él se derivan, robustecer nuestras voluntades en las gracias que brotan de él, alentar nuestros corazones en la alegría de la que Él es fuente imperecedera.

La Providencia quiso que el Niño Jesús recibiera la visita de tres sabios, los cuales, según una venerable tradición también eran reyes, y

algunos pastores. Precisamente los dos extremos de la escala humana de valores. Porque el rey está en la cima del prestigio social, de la autoridad política y del poder económico. El sabio es la más alta expresión de la capacidad intelectual. El pastor se encuentra, en materia de prestigio, poder y ciencia, en el grado mínimo.

Ahora bien, la gracia divina, que, desde el fondo de sus lejanas tierras, llamó al pesebre a los Reyes Magos, también llamó a los pastores desde el fondo de su ignorancia. La gracia no hace nada errado o incompleto. Si ella los llamó y les mostró cómo ir, también les habrá enseñado cómo presentarse ante el Hijo de Dios.

Ante el Divino Infante, presentarse sin disfraces

¿Y cómo se presentaron? Característicamente. Los pastores fueron allí llevando su ganado, sin pasar primero por Belén para un aseo que disfrazara su humilde condición. Los Magos

se presentaron con sus tesoros, oro, incienso y mirra, sin tratar de ocultar su grandeza para no desentenderse del ambiente supremamente humilde en que se encontraba el Divino Infante. La piedad cristiana, expresada durante siglos en una abundantísima iconografía, presenta a los Reyes Magos dirigiéndose a la Gruta con todas sus insignias. Esto quiere decir que, al pie del pesebre, cada uno debe presentarse tal cual es, sin disfraces ni atenuaciones. Pues hay lugar para todos, grandes y pequeños, fuertes y débiles, sabios e ignorantes. Sólo es cuestión de que cada uno se conozca, para saber dónde ponerse junto a Jesús.

Admirable variedad de obras

Sabemos que los Ángeles en el Cielo, distribuidos en los nueve coros, contemplan directamente la esencia divina, en cuya riqueza infinita, cada uno ve más nítidamente ciertas perfecciones.

En la Iglesia, se da un hecho análogo. Las Órdenes y Congregacio-



Comitiva de los Reyes Magos - Museo de Historia del Arte, Viena



nes Religiosas tienen, en general, su propio espíritu, su carácter, su escuela de santificación. Y por esto, cada cual, contempla e imita más especialmente ciertas perfecciones del Divino Redentor.

Este hecho tiene su repercusión en la vida espiritual de los fieles. Recorrido por las más variadas y fecundas corrientes de espiritualidad, nacidas de órdenes religiosas o de Santos de los más variados estados, el laicado se distribuye en grandes familias espirituales, de contornos más o menos precisos, cuya vitalidad se identifica con la propia vitalidad religiosa de un pueblo. De hecho, el espíritu de San Ignacio, como el de Santo Domingo, San Benito, San Francisco, San Juan Bosco y los demás Santos, sopla aún ampliamente en toda la Cristianidad, dotándola de una diversidad maravillosamente armónica.

Los hechos espirituales, a su vez, generan consecuencias en el terreno del apostolado. Y así vemos en la Iglesia militante una admirable variedad de obras apostólicas que actúan cada una con medios peculiares, hablan a los hombres un lenguaje propio y se articulan explícita o tácitamente con las demás, para la realización del reinado de Jesucristo sobre la Tierra.

Era necesario que así fuese. Porque Dios crea a los hombres muy diferentes entre sí, con necesidades,



Mirra

aspiraciones y caminos muy personales. Las verdades que más les agradan a unos, no son necesariamente las que más fácilmente agradan o esclarecen a otros.

Como un inmenso carrillón

Así, podríamos comparar el conjunto de las obras católicas de un país a un inmenso carrillón, en el que cada campana emite un sonido propio, sea grave, solemne, potente, cristalino, vivo o juvenil. Del hecho de que todos toquen, resulta la armonía del conjunto.

En el inmenso carrillón de las obras de apostolado de Brasil, ¿cuál es nuestro papel?

Hay verdades que impresionan a los hombres como el oro. Hay otras que les son suaves y fragantes como el incienso.

En cuanto a la mirra, es más modesta. La raíz etimológica de esta palabra se relaciona con un vocablo que, en árabe, que significa “amargo”. Los expertos describen la mirra como una resina gomosa, en forma de lágrima, dotada de sabor amargo, aromática, roja, semitransparente, frágil y brillante. Su olor es agradable, pero un poco penetrante. Como se ve, tiene la belleza discreta, austera, fuerte, de la sangre. Y su perfume es el de la disciplina y la sobriedad.

Diríamos que, en el campo ideológico, la gran verdad representada por la mirra es el principio de contradicción, por el cual el sí es sí y el no es no. Todas las otras son oro e incienso, pero solo valen si se aprecian en un ambiente perfumado por la mirra.

Psicología del pueblo brasileño

Y es de esta mirra, de la que amplía, pero muy, muy, muy ampliamente necesita Brasil. No se confunda el principio de contradicción, que es la quintaesencia lógica, de la coherencia, y de la objetividad, con el espíritu de contradicción. Este es un vicio que resulta del placer jactancioso de contrariar al prójimo: es voluble, y hace del sí, no y no, sí, como convenga a la posición arbitraria tomada en este momento.

Somos un pueblo que tiene el defecto de sus cualidades. Propensos habitualmente a todo lo bueno, infelizmente no somos al mismo tiempo adversos a todo lo malo. Generalmente, los otros pueblos cuando aman una verdad, odian el error contrario. Y recíprocamente, cuando aman el error detestan la verdad que a él se contraponen. En último análisis, por el juego de ese principio se explican las grandes fidelidades, así como las grandes apostasías. En la psicología del brasileiro, el odio explícito y declarado a la verdad y al bien es raro. En este senti-



Hannes Echer - Stadtmarketing Steyr (CC3.0)

do somos uno de los mejores pueblos de la Tierra. Pero cuando se trata, para nosotros, de deducir del amor a la verdad y al bien una actitud militante contra el error y el mal, el caso es otro. Y en el fondo esto se da porque el principio de contradicción es antipático a la tranquilidad brasilera. Una expresión muy conocida expresa en lenguaje popular el principio de contradicción: “pan, pan; vino, vino”. Pero en innumerables casos, confundimos el pan con el vino.

Esta tendencia del espíritu se refleja en muchos aspectos de nuestra mentalidad.

Brasil es una República. Sin embargo, en ningún lugar el monarca destronado y la monarquía dejaron más saudades. Nos separamos de Portugal en una atmósfera borrascosa. Sin embargo, en el tratado en que la antigua Metrópolis reconocía nuestra independencia, aseguramos a Don Juan VI hasta el fin de sus días el título de Emperador del Brasil. El cuadro corriente y por así decir oficial, del Mariscal Deodoro, proclamador de la República, lo presenta con el pecho constelado con las insignias del Imperio que derribó. Expulsamos en 1930 al Presidente Washington Luiz. Restaurado el régimen constitucional, él regresó a Brasil en un ambiente de respeto y de simpatía tan generalizado que, con excepción de Don Pedro II, ningún hombre público reunió en torno de sí mayor unanimidad. ¿Por qué, entonces, fue destituido? De esas pintorescas contradicciones se podría hacer una larga lista.



A la izquierda, Don Juan VI – Museo de Bellas Artes, Río de Janeiro
A la derecha, Mariscal Deodoro – Museo de la República, Río de Janeiro



Tal vez, en vista de esas reflexiones, algún lector sonría, pues no deja de tener algo de simpático y tranquilizador tal cúmulo de bonhomía.

Soluciones intermediarias: fruto del amortecimiento del principio de contradicción

Pero estudiemos este asunto en el terreno de la moral. Se trata de analizar esta tendencia psicológica, para ver si es conforme a la Ley de Dios. Y no es con meras sonrisas, sino con mucha seriedad que se resuelven los problemas morales.

Aquel que vino al mundo para predicar las bienaventuranzas, nos dejó como precepto que fuésemos fieles al principio de contradicción: “Sea vuestro lenguaje: sí, sí; no, no” (Mt 5, 37). Y si tal debe ser nuestro lenguaje, tal debe ser nuestro pensamiento. En materia de moral, más que en cualquier otra, todo exceso es un mal, aunque sea de cualidades tan simpáticas como la bonhomía y la suavidad

de trato. Y un mal que, según el caso, puede volverse muy grave.

Ejemplifiquemos. En el terreno religioso, ¿no es bien verdad que el amortecimiento del principio de contradicción nos conduce con mucha frecuencia a actitudes lamentables? ¿Cuántos son los católicos que se juzgan con derecho a discordar de la Iglesia en alguno o en muchos puntos? Con eso, aunque se ufanen de ser católicos, pecan contra la fe. ¿Por qué? Simplemente porque imaginan que es posible un *tertium genus*, un medio término entre ser católico y no ser.

¡Lo mismo se debe decir de la naturalidad con que se admite entre nosotros una categoría de católicos “no practicantes”! Claro que los hay en el mundo entero. Pero nos parece que en ningún país tienen tan poca conciencia de lo que su estado presenta de cacofónico, de antitético, en una palabra, de contradictorio. Por fin, un ejemplo más: ¡cuántas familias tenemos, modelarmente consti-



Jesús discute con los fariseos – Catedral de Saint-Gatien, Tours, Francia

tuidas! ¿Por qué progresan tanto las modas inmorales? Porque esas familias, que aprecian tanto la virtud, son a veces poco enérgicas en el combate al vicio. ¿En todos esos casos qué nos falta? Viveza en el principio de contradicción, lapidariamente definido por Nuestro Señor cuando mostró la incompatibilidad entre el “sí” y el “no”.

No resisto, sin embargo, al deseo de indicar otro ejemplo. Todos se quejan de la anemia de nuestra vida partidaria, de nuestra atonía en materia de ideología política y del predominio de las cuestiones personales en nuestra vida pública. Una de las causas de ese hecho está en la carencia del principio de contradicción. Pues, si delante de una idea que tenemos como cierta no nos organizamos para defenderla resueltamente contra las que le son opuestas, ¿cómo puede haber partidos de verdadero contenido ideológico?

El amortecimiento del principio de contradicción genera el gusto, la manía de las soluciones intermedias, yo casi diría la servidumbre a las soluciones intermedias. Dados dos caminos, escoger siempre el del medio, lo que no es carne ni pez: es en lo que se cifra para mucha gente toda la sabiduría. Ahora bien, si rechazar por principio las soluciones intermedias es un error, también es adoptarlas por principio. Pues hay casos en que la Sabiduría las condena formalmente: “Ojalá fueras frío o caliente; pero porque eres tibio y no frío o caliente, voy a vomitarte de mi boca” (*Ap 3, 15-16*).

La persona viciada en las soluciones intermedias es la víctima ideal de todos los bellacos. Pues la habilidad del bellaco consiste precisamente en hacer con que el ingenuo acepte, con algún disfraz, aquello que, desnudo y sin maquillaje, repudiaría.

Los herejes son reincidentes en bellaquerías de esa naturaleza. Rechazado el pelagianismo, ellos obtuvieron la adhesión de innumerables ingenuos por medio del semipelagianismo. Condenado el arrianismo, ellos pusieron en circulación el semi-arrianismo. Fulminado el protestantismo, inventaron el bayanismo y el jansenismo. Condenados el comunismo y el socialismo, fabrican un “socialismo mitigado”, que en último análisis no es sino un comunismo velado. Y así por delante.

Que esa táctica está particularmente desarrollada en nuestro tiempo, nada de más notorio. Una de las formas más hábiles de solapar los medios católicos es esta.

En este momento, nada más peligroso para Brasil

Y así, nada hay más peligroso para Brasil, en este momento, que el

amortecimiento del principio de contradicción. Y nada es más necesario que trabajar para que, en nuestro país, este principio tome más fuerza, más color, más eficiencia en toda la vida mental.

No sé si un lector no brasilero comprenderá bien toda esta problemática. Lo dudo bastante. Pero, para un brasilero esto es mucho más inteligible. Sobre todo para Vos, Señor Jesús, que, recostado en una cuna rústica, sondeáis, no obstante, hasta el fondo las almas y los corazones. Para Vos que, siendo la Sabiduría increada y habiendo nacido de Aquella que es la Sede de la Sabiduría, conocéis totalmente la índole de

cada pueblo, a todos amáis, a todos queréis santificar. Para Vos, que desde toda la eternidad tan particularmente amasteis al pueblo brasilero y lo predestinasteis para una grandeza que llenará la Historia de mañana.

Nuestra obra es principalmente de mirra. Queremos que los católicos militantes y practicantes os amen sin mezcla de ningún otro amor. Que solo sirvan a un Señor. Que sean cada cual en su corazón una ciudad sin división, contra la cual nada puede el enemigo. Que no miren hacia

atrás al empuñar el arado, y que en el afán de sembrar no se olviden de arrancar la hierba dañina.

De cierto modo, los católicos militantes y practicantes son, también ellos, sal de la tierra y luz del mundo. En parte depende de su cooperación que el mundo no se corrompa, ni caiga en las tinieblas. Queremos que ellos sean una sal muy y muy salada, una luz puesta en lo más alto de la montaña y muy brillante. En ese sentido, Señor, es nuestra cooperación. Este es el regalo de Navidad que acumulamos durante el año entero para ofrecerlos. Otros os darán el incienso de sus innumerables obras, capaces de hacer un bien inapreciable. Nosotros nos inserimos en esa gran obra, quemando en abundancia, en el sue-



El Dr. Plinio en enero de 1956

lo bienamado de Brasil, la mirra austera, pero odorífera, del “sí, sí; no, no”.

Que María Santísima acepte esa mirra en sus manos indeciblemente santas y os las ofrezca. Ella tendrá para Vos entonces el encanto del oro y del incienso, con alguna cosa más: y esto le vendrá del sudor, de la sangre de alma y de las lágrimas de un apostolado que tiene sus horas muy amargas... Pero en la cruz está la luz. Y en ese amargor está lo mejor de la alegría y de la belleza de nuestro apostolado.

(Extraído de Catolicismo, No. 60, diciembre de 1955)

Saillio (CC3.0)



Adoración de los Reyes Magos – Castel Vecchio, Verona, Italia



Icono de la Natividad
Basilica de la Natividad,
Belén, Israel

El triunfo de María sobre el neopaganismo

Las magníficas civilizaciones antiguas habían revelado no sólo lo que les faltaba, sino también la incurable incapacidad de talento, de riqueza y de fuerza de los hombres para construir un mundo digno. La Encarnación del Salvador confirma la convicción de que Jesucristo ha vencido al mal para siempre y prepara los días de la más alta gloria para su Madre Inmaculada.

En la liturgia, la fiesta de Natividad ocupa un lugar considerable. Sin embargo, no de primera magnitud, como la Pascua y Pentecostés, por ejemplo. Sin embargo, la piedad de sus fieles la convierte en una de las fechas más relevantes del año. Y esto por varias razones.

La Historia estaba en una expectativa muda

El nacimiento del Salvador fue en sí mismo una honra de infinito valor pa-

ra la humanidad. ¿Podría el Verbo de Dios haberse unido hipostáticamente a alguno de los ángeles más santos y esplendorosos de las alturas celestiales? Por el contrario, prefirió ser hombre, hacerse carne, pertenecer, por su humanidad, a la descendencia de Adán. Un don absolutamente gratuito, un ennoblecimiento para nosotros de un valor inefable, punto de partida histórico para nosotros, de otros dones, también insondables.

Así, en la previsión de que el Verbo se encarnaría, la Providencia ya

había creado un ser que contenía en sí mismo perfecciones superiores a las de todo el universo reunido, y le había suspendido la sucesión hereditaria del pecado original. De los méritos previstos de la Redención se alimentó la virtud de todos los justos de la antigua ley. Pero esta multitud de elegidos estaba sentada “a las puertas de la muerte” (*Sal 106, 18*), esperando que el Cordero de Dios se inmolará por todos nosotros.

Y no fueron solo ellos los que esperaron parados. Por así decirlo, en

una muda expectación estaba parada toda la Historia. En el momento en que Jesucristo nació, el mundo conocido vivía un período de epílogo. Egipto había florecido y, habiendo alcanzado un cierto pináculo, se derrumbó. Lo mismo podría decirse de los otros pueblos, caldeos, persas, fenicios, escitas, griegos y muchos más. Por último, los romanos estaban también a punto de entrar en el largo oca-so que, con períodos de rápida deca-dencia, de estancamiento más o me-nos prolongado o de reacción efímera, recorrió de Augusto a su remoto sucesor y miserable homónimo, Ró-mulo Augústulo¹.

Todos estos imperios se habían elevado lo suficientemente alto como para dar fe de la profundidad y variedad de los talentos y capacidades de sus respectivos pueblos. Pero el nivel más o menos igual al que todos se habían elevado no estaba a la altura de las aspiraciones de las al-mas verdaderamente nobles. Pare-cería que estas magníficas civiliza-ciones habían puesto de manifiesto, no tanto lo que tenían, sino lo que les faltaba, y la incapacidad incur-able de talento, de riqueza y de fuer-za de los hombres, para construir un mundo digno de ellos.

¡En medio de la decadencia generalizada, surgió una luz!

Todo esto constituía en Asia, como en África o en Europa, una at-mósfera irrespirable, que aumenta-ba el tormento de los esclavos en su ya tan miserable vida, y socavaba se-cretamente el ocio y los deleites de los ricos. Opresión imponderable,



Fiesta de Herodes - Museo Estatal del Tírol, Innsbruck, Austria

pero omnipresente, impalpable; evi-dente, indescriptible, pero muy defi-nida. La marcha de la Historia había encallado en un lodazal de corrup-ción, llena de los escombros del pa-sado, en el que sólo se evidenciaban las formas de vida malsanas.

Así, en el campo político, se pone fin a la lucha entre dos expresiones de la demagogia: anárquica y amo-tinada, o militar y despótica. En el campo cultural, el escepticismo reli-gioso devora la idolatría antigua. En

el campo internacional, las diver-sas patrias acaban de deter-riorarse en el recipien-te del Imperio, para constituir ese Mo-loc cosmopolita inorgánico en que se convirtió Ro-ma. En el campo moral, la depravación de las cos-tumbres domina la existencia cotidiana. En el ámbito social, el oro se considera un va-lor supremo. Para los bien instalados, las cosas fueron agra-dables, en apariencia. Pero, en esos tiempos, los bien establecidos suelen ser la escoria moral e intelectual del país. Y padecen, precisamente los mejores, los mil tormentos de situa-ciones innecesarias e inadecuadas.

Consideremos la imagen del pue-blo elegido, en el momento en que el Verbo se encarnó. Herodes se había ceñido la diadema de Rey. Sin em-bargo, en realidad era un desquicia-do, uno de los peores del reino, me-diocre, codicioso, cruel, consciente instrumento del opresor para enga-ñar a los judíos con las apariencias de una realeza trivial.



El cardenal Giovanni Pacelli, futuro Pío XII, en julio de 1924, en la ciudad de Bamberg, Baviera



Los sacerdotes eran, en cuanto al espíritu de fe, a la sinceridad y al desprendimiento, la escoria de la sinagoga. La casa real de David vivía despreciada y en la mayor oscuridad. Los justos eran los “marginados” en ese orden de cosas tan fundamentalmente malo que terminó excluyendo y matando al Justo por excelencia. ¿Y qué más? Era el fin.

Pues fue en las tinieblas de este final que, cuando menos se pensaba y donde menos se esperaba, una luz muy pura se encendió. En esta luz se anunciaba la hora de la Encarnación, la promesa implícita de la tan esperada Redención y la nueva era que comenzaba para el mundo con el fuego de Pentecostés. Es el esplendor de esta luz que inaugura en las tinieblas una aurora que triunfante se convirtió en día, es el canto de sorpresa y esperanza ante esta renovación sobrenatural, el anhelo y el anticipo de un nuevo orden basado en la fe y la virtud, que los fieles de todos los tiempos se deleitan en contemplar cuando sus ojos se posan en el Niño Dios, yaciendo en el pesebre, sonriendo tiernamente a la Virgen Madre y a su castísimo Esposo.

¿Por qué tapar la situación de la Iglesia con un dedo?

Incluso hoy en día, una inmensa opresión pesa sobre nosotros. Es inútil tratar de disimular la grave-

Flávio Lourenço



Nacimiento de Jesús - Museo de los Agustinos, Friburgo de Brisgovia, Alemania

dad del momento, poniendo en acción las castañuelas y panderetas de un optimismo que ya no tiene repercusión. Con la única diferencia es que en nuestros días tenemos la Santa Iglesia, pero la situación del mundo es terriblemente similar a la de la época en que sucedió la primera Navidad.

También entre nosotros el comunismo marca un fin. Es el epílogo de la decadencia religiosa y moral que comenzó con el protestantismo en el

siglo XVI. En este epílogo se deshace el mundo burgués, cada vez más intoxicado de sincretismo, socialismo y sensualidad. Y, por si esto fuera poco, Rusia acelera este proceso de decadencia, extendiendo sus errores en todos los países.

Tenemos a la Iglesia entre nosotros, es verdad. Pero esta presencia augusta y sobrenatural salva sólo en la medida en que los hombres aceptan su influencia. Si la repelen, en algunos aspectos están más expuestos al castigo que los propios paganos. Los judíos tenían entre ellos al Dios-Hombre. Lo rechazaron, y fueron castigados con una ruina más terrible y mucho más cercana que la de los romanos.

Ahora bien, ¿cuál es la situación de la Iglesia en nuestros días? Queremos sonreír y, aún más, llorar cuando alguien nos dice que simplemente es buena.

Por supuesto, en algunos puntos, se puede decir que esta situación

es buena. Más o menos como se podría decir que en el Domingo de Ramos fue grande el entusiasmo de los judíos por Nuestro Señor. Pero decir que la situación de la Iglesia es buena hoy en día, en el conjunto de sus aspectos, y teniendo en la debida cuenta los factores positivos y negativos, sería una afrenta a la verdad.

De hecho, sólo es buena para la Iglesia la situación en la que la cultura, las leyes, las instituciones, la vida doméstica y cotidiana de las per-

sonas están en conformidad con la ley de Dios. Que esto no sucede hoy, es algo más que notorio. Entonces, ¿por qué tapan el sol con un dedo?

Es comprensible que los acomodados puedan desear que dure esta lenta agonía. También los microbios, si pudieran pensar, preferirían matar lentamente a su víctima, porque la agonía de esta última es su opulencia y su muerte será también la muerte para ellos. Los individuos que, en general, no tienen ningún mérito para estar donde los vientos del caos los llevan, tienen todas las razones para desear que el orden no regrese: porque en ese caso volverían al polvo.

Pero ellos mismos no pueden escapar al profundo malestar del momento que pasa, y no pueden dejar de estremecerse ante los relámpagos que se desprenden, cada vez con más frecuencia, desde la atmósfera saturada.

Ante Ella son impotentes todos los agentes del mal

Sin embargo, en lo alto de esa montaña sagrada que es la Iglesia, coronada por la diadema real con la que el Legado – tan querido por los brasileños – que la piedad del inmortal Pío XII constituyó para este acto, se yergue la imagen maternal y melancólica de Nuestra Señora de Fátima.

Y de allí parten para el mundo oprimido las claridades de esperanza que la Reina del Universo vino a traer, claridades que suscitan entre nosotros esperanzas análogas a las que la Buena Nueva despertó en la humanidad antigua. Análogas es decir poco. Son claridades que brotan de la Iglesia y, por tanto, de Jesucristo. Claridades que simplemente prolongan y reafirman las de la primera noche de Navidad.

“Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará”, dijo la Virgen en su tercera aparición en Cova da Iría.

¡Oh neopaganismo, mil veces peor que el antiguo paganismo, tus días están contados! Caerá el poderío soviético y se derrumbará también la influencia de la Revolución en Occidente. Nuestra Señora lo dijo. Y ante Ella son impotentes todos los grandes de la Tierra y todos los príncipes de las tinieblas.

El Triunfo del Inmaculado Corazón de María, ¿qué puede ser sino el Reino de la Santísima Virgen, previsto por San Luis María Grignon de Montfort? Y este Reinado, ¿qué puede ser sino esa era de virtud en la que la humanidad, reconciliada con Dios, en el regazo de la Iglesia,



J. P. Ramos

vivirá en la tierra según la Ley, preparándose para las glorias del Cielo?

En este año turbulento no pensemos en *sputniks*² ni en bombas de hidrógeno en Nochebuena, si no es para confirmar nuestra convicción de que Jesucristo ha vencido para siempre al diablo, al mundo y a la carne, y prepara días de la mayor gloria para su Madre Inmaculada, que resplandecerán después de terribles pruebas. ❖

(Extraído de Catolicismo n. 84, diciembre de 1957)



El Dr. Plinio en 1954

- 1) Flavio Rómulo Augusto, apodado Augústulo, fue emperador de Occidente entre los años 475 y 476. Es considerado por algunos como el último emperador romano de Occidente.
- 2) El primer satélite artificial de la Tierra. Fue lanzado por la Unión Soviética en 1957.

Tendencia a la Perfección

Vivir es tender a la perfección. Si el hombre consiente en los lados buenos de su alma a favor de las sucesivas perfecciones, tendrá vuelos cada vez más altos. Y el buen anhelo de las multitudes suscitará profetas de lo bello que producirán maravillas como el gótico y los vitrales.

*Altar mayor del
Monasterio de
Batalha, Portugal*



En las primeras etapas de la vida, el sentido de la perfección, presente en toda criatura humana, hace que la persona perciba mucho más lo perfecto que lo imperfecto y le da una sensación de vida como si fuese un guante maravilloso, forrado de armiño, en el cual ella va poniendo la mano y que se vuelve cada vez más acogedor.

En esa experiencia, el hombre en parte se explicita a sí mismo y en parte explica esa sensación en función de sí. Es así que la noción de perfección se va formando en el alma.

Vivir es tender para la perfección

Se entiende bien lo que viene a ser esa tendencia a la perfección cuando se observan los movimientos del alma. El alma tiende para la lógica, para la verdad. Si ella siguiese su movimiento propio, produciría el raciocinio perfecto. En eso está una pista para que se comprenda lo que es el deseo de perfección del alma acompañado por los movimientos generales de los instintos, sobre todo en el hombre antes del pecado original. En él, todos los instintos se moverían hacia las cosas perfectas que el alma fuese conociendo, dando elementos para que el alma elabore la figura verdadera de la realidad material y la destilación que desde dentro de esa realidad material sería la perfección de ésta y también de la realidad espiritual.

Propiamente, vivir es tender a la perfección.

El vuelo directo hacia lo más perfecto

En ese sentido hacia la perfección, exactamente, entran colaborando de varios modos los instintos, pero al

servicio de un vuelo que es más un instinto del alma que del cuerpo, un vuelo directo a la perfección.

La aparición del gótico confirma eso. Sólo la persona que tiene sentido de lo maravilloso es realmente práctica. Tengo la impresión de que necesariamente, aunque por contingencias, al azar, deben haber surgido cosas góticas siglos antes de la Edad Media.

No hubo un genio que, encontrando el gótico, dijese: “¡Es lo que yo quería!” Y que transformó, por ejemplo, la puerta del fondo de una cocina medieval en el primer arco gótico... Pero el hombre que haya descubierto el primer trazo del gótico, para mí, vale más que Cristóbal Colón.

Hay varias iglesias construidas en un período de transición. Los puristas fruncen el ceño: “Horrible, está mezclado el gótico y el románico”. ¡Es una gloria! “¿Ud. no comprendió ese nacimiento del gótico por encima del arco románico, que hace con que Ud., en vez de encontrar contradicción, procure analogía? Es como quien ve un padre y un hijo y procura ver en qué se parecen ellos”. Eso es también una analogía de la gracia sobre la naturaleza.

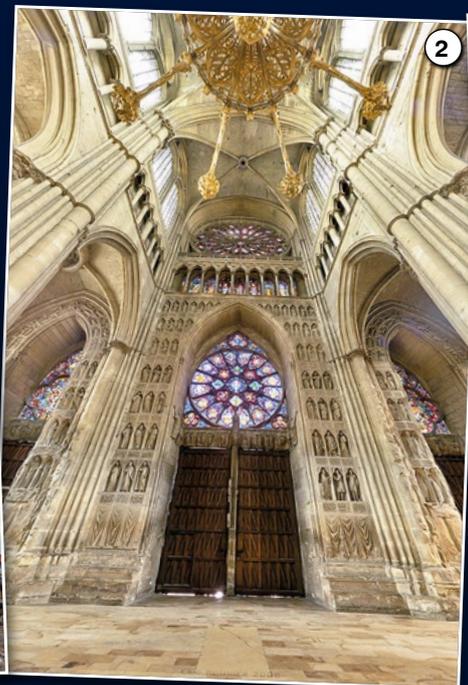
Entonces hubo y habrá modestos artistas desconocidos, ejerciendo el papel, sin embargo, de profetas en este y aquel punto y que hicieron una verdadera maravilla.

Profetas de lo bello: hombres capaces de realizar los anhelos de “pulchrum” de la multitud

¿Cómo entra lo sobrenatural en el estilo gótico?

La gracia, que nos da acceso a lo sobrenatural, es una participación creada en la vida de Dios. Esa participaci-

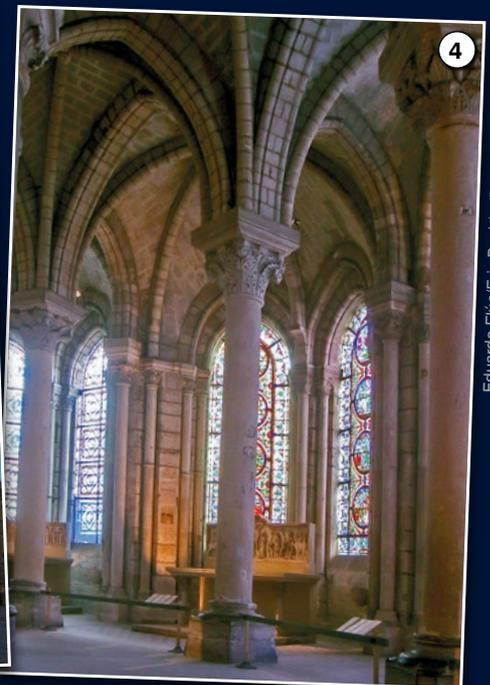
1



2

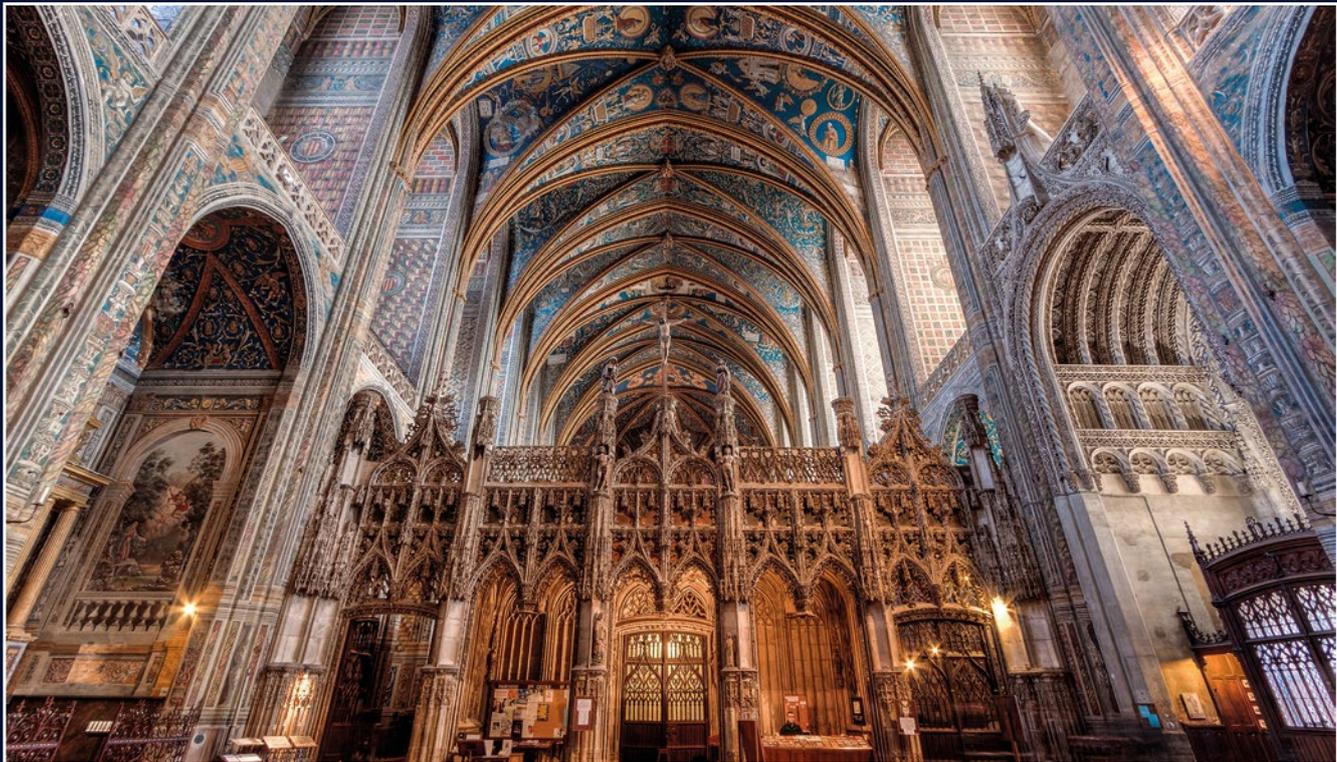


3



4

1) Fachada de la Catedral de Burgos, España. 2) Nave central de la Catedral de Notre-Dame, Reims, Francia. 3) Catedral de Notre-Dame, Laon, Francia. 4) Interior de la Abadía de Saint-Denis, París.



Nave central de la Catedral de Santa Cecilia, Albi, Francia

ón ayuda a la tendencia del hombre a la perfección, haciendo presentir, por alguna cosa de místico unos grados más de perfección, que el gótico permite prever, pero que aún no daría para imaginar.

No es algo exclusivamente inspirado por la gracia, pero ella tomó esa cría de la naturaleza, el gótico, y lo hizo mirar un poquito hacia el sol. Él, mirando al sol, cambió el color del pelo. Son los vitrales.

Hombres que producen maravillas como el gótico, en general, no son apóstoles de las ideas propias, son personas, al contrario, en las cuales la idea del consenso general recayó sobre ellos y se difundió.

Hay profetas que son esperados y hay otros para quién el mundo nace de espaldas. Y esos que producen maravillas son, en general, profetas, que el buen anhelo de las multitudes, tocado por la gracia, hace esperar.

Es como si en cierto momento, ellos “encontrasen” el gótico y aquello se difundiese como un reguero de pólvora. Y el hombre que inventó esto no se considera un genio, porque todos estaban a la espera de aquello. Todo el mundo quiere eso, es una cosa banal. Sin embargo, él hizo algo genial.

En una sociedad orgánica difícilmente una persona puede ser considerada precursora o inventora de un estilo. En ese sentido entra mucho del espíritu de innovación, porque toda una multitud precedida de esos –vamos a llamarlos así– profetas de lo bello, se encamina hacia donde apunta el anhelo de todos.

La acción de la gracia conduciendo al inocente a la realización de su modelo ideal

Por una disposición especial de la Providencia, ciertos hombres pueden nacer con una particular tendencia a la perfección, que, si ellos corresponden a la gracia, los llevará a una gran realización. Y la gracia prepara al hombre desde el Bautismo para que corresponda, desarrollando esa tendencia, casi subconscientemente, en una determinada dirección.

Por ejemplo, todo indica que los estilos pre-góticos no tenían ventana. El Panteón no las tiene.

De cualquier manera, hubo un determinado momento en que alguien hizo el vidrio. Y otro momento en que el mismo u otra persona lo coloreó.

El hecho de que alguien lo haya coloreado, yo no quiero decir que haya sido necesariamente, pero podría haber sido una acción de la gracia en el siguiente sentido: “Yo voy a darle a este que está coloreando esto, la noción de procurar y hacer un color ideal, más bello que el común de los colores”.

Comienza entonces a componer un color ideal, un color de sueño o todo un juego de colores ideales y de sueño para colorear no sólo un vitral, sino un mundo, porque en el vitral hay escenas de batallas, escenas del Antiguo Testamento, en fin, la vida de los hombres en cuanto relacionada con la Iglesia y la Religión. A veces es solo un pajarito cantando dentro de una letra “O”, no teniendo

una relación directa con la piedad. Me parece encantador. Los artistas no tenían la preocupación de examinar cómo eran los sabiás¹ de Europa, ellos pintaban y listo, salía un arqui-pajarito.

Así, sale un mundo de creaciones de un mundo ideal, a partir de ese don que fue concedido a algunos de concebir un juego de colores absolutamente fantástico, pero que en el fondo no es fantasía, es la producción de algo que en forma de potencialidad alcanzable duerme en los colores comunes.

La historia de la elaboración de las cosas bellas

Por lo tanto, en el momento en que el hombre va coloreando, van naciendo cosas diferentes. Él colorea un vitral. Y el vitral siguiente que va a hacer contendrá la crítica del anterior hecho por él. Pero no es la crítica moderna: “¿Qué defectos tiene?” Él se preguntará eso, pero como algo secundario, porque la indagación será: “¿Alcanza enteramente el deseo de perfección que tengo o alguna cosa estará siendo obstáculo?”

Y la historia de los vitrales pasa a ser, así, la historia de los vuelos cada vez más altos, hasta llegar a un punto en que él dirá: “Aquí no es posible ir más lejos”. Él coloca los vidrios coloreados en la pared. Pero de repente aparece en su cabeza la idea de una pared toda de vidrio.

¡La *Sainte-Chapelle*! Tiene columnatas de piedra para sustentar la armazón de los varios vitrales. ¡Columnatas elegantísimas!

En eso tenemos el trabajo del alma a favor de las sucesivas perfecciones, en el cual el trabajo crítico, según el estilo moderno, las alturas, las espesuras deben entrar secundariamente, y apenas para evitar lo monstruoso.

Se alcanza el ápice cuando, en una *Sainte-Chapelle*, una cierta visión de conjunto de la capilla perfecta, que estaba implícita durante todo el tiempo en que estaba siendo construida, se explicitó enteramente al ser concluida.

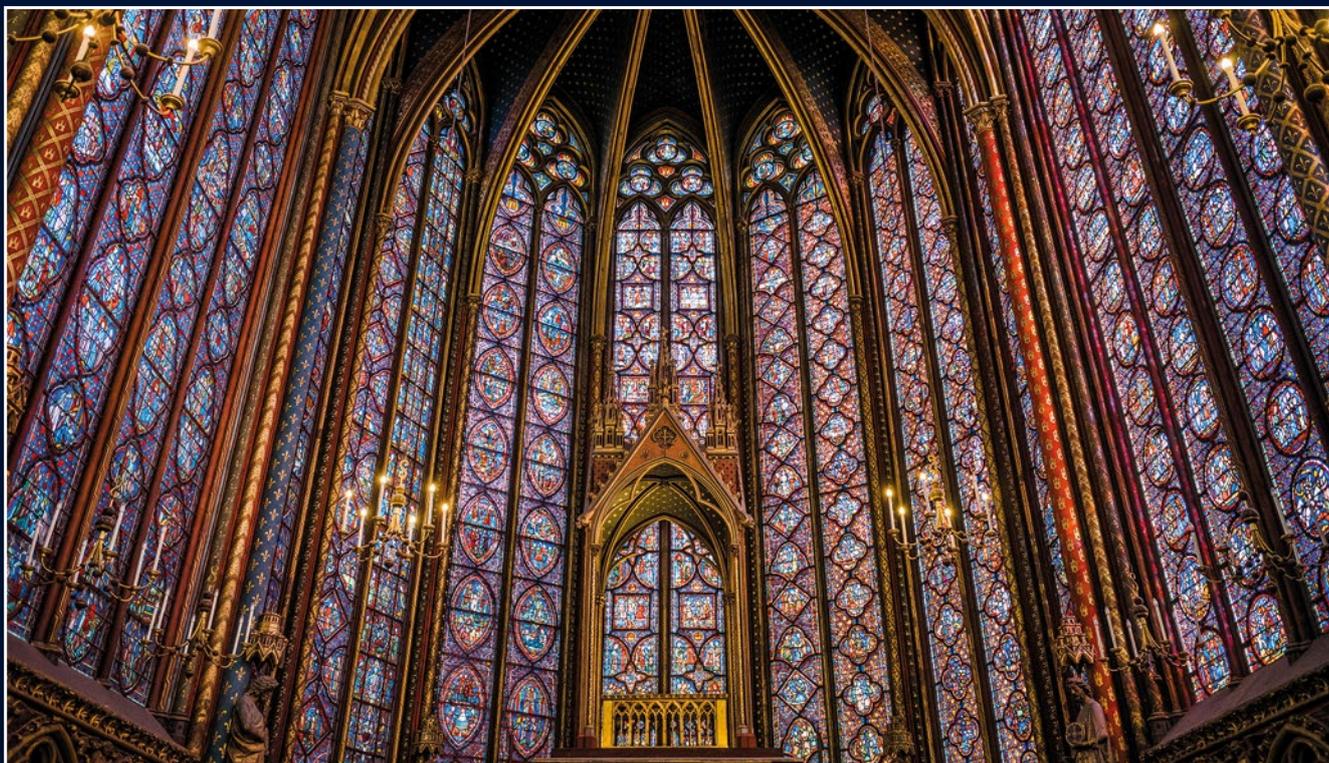
Esto que estaba en el anhelo de todos, en cada uno era de un determinado modo, hermano de otro modo. No había peleas. Se comprende ahí que los artistas que trabajaron en ella, los artesanos, los reyes, los obispos, en fin, todas las autoridades que dieron alguna idea para que ella sea como es, que previeron como aquello sería y aportaron dinero, protección, materiales, etc., para que ella fuera perfecta, todos ellos, viéndola lista dijeron: “¡Ah, es verdad!” “¡Es así que debía ser!” ❖

(Extraído de conferencias del 8/5/1994 y 21/9/1994)

1) *Sabiá*: pájaro objeto de la famosa poesía “Cantos del exilio” del brasileño Gonçalves Dias.

Mi tierra tiene palmeras donde canta el sabiá.

Las aves que aquí gorjean no gorjean como allá.



Interior de la Sainte-Chapelle, París



Sagrada Família - Museo Nacional de Arte, Ciudad de México

Un hombre formado por el Espíritu Santo

A lado del Niño Jesús, está Nuestra Señora, concebida sin pecado original y confirmada en gracia desde el primer instante de su ser. Junto a Ellos estaba San José, el hombre casto, virginal por excelencia, descendiente de David.

¿Se puede imaginar lo que eso representa? ¿Cómo es el hombre formado por el Espíritu Santo para estar en proporción a su Esposa? ¿A qué altura, a qué auge debe haber llegado ese hombre? Las palabras humanas no pueden expresarlo. Es verdad que él también —yo personalmente no tengo ninguna duda— era confirmado en gracia.

En la humilde casa de Nazaret, que después los Ángeles llevaron a Loreto, en Italia, había una ascensión en gracia y santidad de las tres personas excelsas que vivían allí. Si en aquel tiempo hubiese un reloj capaz de hacer tic-tac, diríamos que a cada tic-tac ellos crecían en gracia y santidad delante de Dios y de los hombres.

(Extraído de conferencia de 2/11/1992)